



Número 234
Enero 2023

HERALDOS DEL EVANGELIO



Los tiempos de Dios



Reproducción

Había que haber vivido a su lado

Lo que la Historia nunca será capaz de contarnos, lo que jamás podrá hacernos comprender, es su vida íntima, su continuo sacrificio, sereno, dulce, invencible y heroico, su solicitud y su profundo amor por nosotros, sus hijos; la confianza, la estima y la veneración que nos inspiraba; su gran autoridad; el modelo de perfección que fue para nosotros! ¡Ah!, difícil-

mente la Historia podrá describir la suave dulzura con la que una palabra suya, una mirada suya, un solo gesto suyo llenaban nuestros corazones.

Había que haberlo experimentado, ¡haber vivido a su lado!

*Canónigo Jacinto Ballésio,
hijo espiritual de San Juan Bosco*

Director Responsable:

Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:

Severiano Antonio de Oliveira;

Silvia Gabriela Panez;

Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:

Urbanización Campo Alegre

Calle Golondrinas E18-98 y

Huirachuro 1er. p. A – Quito

Telefaxes: (02) 2258840 – (02) 2442585

(02) 6003856 – (02) 6003857

Celular y WhatsApp: +593 98 517 4781 (C)

+593 99 857 1370 (M)

www.heraldos.ec

Suscripciones:

Ecuador:

Quito: Urb. Campo Alegre

Calle Golondrinas E18-98 y

Huirachuro 1er. p. A

Tel. (02) 2442585

Celular y WhatsApp: +593 95 869 7393 (C)

Uruguay:

Lanús 5880 - Montevideo

Tel. (598-2) 2321 4963

fatimaay@adinet.com.uy

México:

Calle Santiago # 262 - K

San Jerónimo Lídice - Alc. Magdalena Contreras

C.P. 10200 - Ciudad de México

Tel. 55-2591 9161

heraldos@heraldos.org.mx

República Dominicana:

Calle Lorenzo Despradel No. 59,

La Castellana, Santo Domingo,

República Dominicana

Tel.: 1-809-227-7265

WhatsApp: 1-809-549-7695

Email: heraldosrd@gmail.com

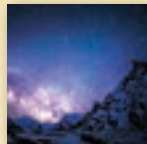
Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.

El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores 4

La justicia es lenta,
pero no falla (Editorial) 5



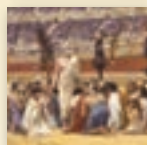
La voz de los Papas –
Intervenciones divinas en la
existencia humana 6



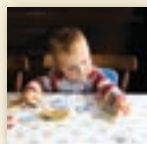
Comentario al Evangelio –
Guerreros de la Luz 8



La victoria de la fidelidad 14



De perseguidores a
condenados 18



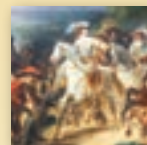
Desde chiquito se endereza
el arbolito 22



Predilectos de Dios 24



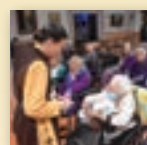
San Alberico – Líder de una
rebelión monacal 28



La batalla de Rocroi –
Una encrucijada en la
Historia de Francia 32



Incomparable
solicitud materna 36



Heraldos en el mundo 40



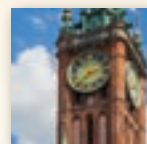
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo 44



Historia para niños... –
Un incendio en la selva 46



Los santos de
cada día 48



El valor del tiempo 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.ec





ESCRIBEN LOS LECTORES

INOCENCIA DE UNA DAMA CATÓLICA

Una vez más la revista *Heraldos del Evangelio* nos revela verdades tan olvidadas que son, más bien, ¡desconocidas! *Inocencia de por vida* es el título del artículo, de la edición de octubre, que nos mueve a pedirle a Dña. Lucilia la gracia de practicar la verdadera inocencia, como lo hizo ella durante toda su vida. Inocencia que nos lleva de «viaje»: desde lo encantador de sus deslumbrantes, legendarios y detallados recuerdos, hasta lo apasionante de su incompatibilidad con el mal, insostenible para el demonio incluso en sus juegos de cuando niña. De «viaje», repito, pero en la armonía de una misma alma, la de una dama toda católica y, por lo mismo, la de toda una dama.

Antonio María Blanco Colao
Via.revistacatolica.org

HISTORIAS QUE HACEN BIEN AL ALMA

Estoy leyendo los cuentos de niños, a pesar de mis 68 años. Me hace muy bien al espíritu y al alma. Qué hermosa historia *El monje descuidado*. Uno se da cuenta que, pese a nuestras deficiencias y errores, Nuestro Señor nos perdona con infinita misericordia y amor.

También he leído *Correo angélico*. ¡Cómo nos olvidamos a veces de nuestro gran protector, el ángel de la guarda! Me gustó mucho el cuento y más el final: la oración es poderosísima y, por eso, siempre hay que rezar.

Me gustó igualmente el artículo *Humilde ante la Grandeza, materna con el pecador*. Siempre he confiado en la Virgen. Todos los días le doy gracias a Ella y a Nuestro Señor por el nuevo día que nos da. Además, Ella es la gran intercesora en nuestras súplicas

y ruegos a Dios Padre. Siempre que rezo por algo le pido que sea Ella quien me ayude con mis peticiones. Me faltará vida para agradecerle su intervención y las gracias que he recibido.

Luis Becerra Rojas
Via.revistacatolica.org

AUMENTANDO LA FE, DÍA A DÍA

Gracias, *Heraldos del Evangelio*, por estar siempre con nosotros, acrecentando nuestra fe día a día, y por hacernos saber de la misión que realizan en todos los países donde se encuentran. Dios los bendiga y nunca los desampare. Gracias, porque están en mi vida, junto a Jesús y María.

Mirian del Rosario Parras
Via.revistacatolica.org

UN ARTÍCULO QUE NOS HACE PENSAR MUCHO

Isabel II de Inglaterra – *La humanidad se despide de la reina*. ¡Qué artículo más agradable de leer, con una belleza no sólo retórica, sino hasta lírica! Un artículo que nos deja, en mucho pero mucho, qué pensar... ¡Adiós, reina Isabel! ¡Adiós, cristiandad visible! Esta cristiandad por lo menos no morirá en mi corazón.

Andrea Morán Mina
Via.revistacatolica.org

PIDIENDO LA INTERCESIÓN DE DÑA. LUCILIA

Leí el artículo sobre Dña. Lucilia: *Pródigo desvelo materno*. Creo en su intercesión por mí. Le pido la curación milagrosa de mi enfermedad incurable, neurofibromatosis; también le pido por mi vocación, para conocer la voluntad de Dios sobre mí.

Luningning Borlagdan
Via.catholicmagazine.news

ENSEÑANZAS QUE AYUDAN A VIVIR LA FE CATÓLICA

Qué razón tiene Mons. João Scognamiglio Clá Dias en su artículo *Un llamamiento a la confianza*. Sí, la confianza es una virtud poco conocida y practicada, debido a que los problemas del día a día y la falta de fe nos enseñan a ser autosuficientes. Y es ahí donde, con la ayuda de la gracia y la oración, la Santísima Virgen María va trabajando en mi corazón. De lo contrario, por nuestras fuerzas humanas nada podemos hacer.

Gracias, hermanos sacerdotes *heraldos*, por sus hermosísimas enseñanzas, que nos llevan a conocer y vivir en su plenitud nuestra fe católica, que nos guían hasta Jesús, Divina Majestad, y a la Santísima Virgen María, Reina del universo.

Claudina Pinargote
Via.revistacatolica.org

«CELO MATERNO QUE EXIGE JUSTICIA»

Cuánta belleza en el artículo de la contraportada de la edición de septiembre: *Celo materno que exige justicia*. Qué hermoso todo lo que nos enseñan y comparten para que aprendamos sobre nuestra fe en Dios y sobre la religión católica.

Victoria Vanser
Via.revistacatolica.org

CONFIANZA EN MARÍA

Me encantó todo lo que he leído de nuestra Madre, María, en el artículo *Un llamamiento a la confianza*, y lo volvería a leer. Muchísimas gracias por darnos la posibilidad de leer estos artículos; ruego me sigan enviando la revista digital, pues me faltan algunos. Estoy preparándome para consagrarme próximamente. Dios y la Mamita María les bendigan.

Teresa Baltodano
Via.revistacatolica.org

LA JUSTICIA ES LENTA, PERO NO FALLA

La justicia es uno de los atributos divinos que más se menciona en la Sagrada Escritura. Se evidencia ya en el primer pecado de Adán y Eva, por medio de la pena máxima aplicada por el Creador: la pérdida de la gracia y del Paraíso. La indulgencia tardó milenios en llegar, pero el premio valió la espera: el propio Hijo de Dios sería ofrecido como rescate.

Para expiar tal falta, Cristo se hizo semejante a nosotros en todo, excepto en el pecado (cf. Heb 4, 15). Aquel que tiene la potestad de juzgar a vivos y muertos se rebajó incluso hasta la condición de reo, a pesar de ser la Inocencia.

El juicio a Jesús, sin embargo, no fue más que una pantomima. Acusado falsamente, uno de los suyos lo traiciona. El sanedrín incumple todo el proceso legal, infringiendo numerosos requisitos de la ley judaica tan ufanamente «practicada» por los fariseos. Finalmente, el Mesías es entregado al arbitrio de Pilato.

En una caricatura de interrogatorio, el Señor declara ante el gobernador que vino «para dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 37), a lo que éste replica: «Y ¿qué es la verdad?» (Jn 18, 38). Nuestro Señor se calla, como si revelara que Él mismo es la Verdad encarnada. Admitiendo no encontrar culpa en el Inocente, el pretor propone soltarlo, pero el «jurado popular», alentado por el sanedrín, prefiere la liberación de un asesino. Con un cínico gesto, Pilato se lava las manos y ordena su crucifixión.

A los ojos humanos todo estaba perdido. La farsa parecía haber triunfado... No obstante, como aseguraba Santa Teresa, «la verdad padece, pero no perece». Tres días después, Jesús resucita en gloria y reúne a los Apóstoles a su alrededor.

Pero, cumplidos cuarenta días, el Señor los deja nuevamente. ¿Y ahora? ¿Qué esperar de una docena de ignorantes (cf. Hch 4, 13) para constituir la Iglesia y extenderla por todo el orbe?

Si «la verdad es hija del tiempo», como reza el adagio, lo recíproco se muestra más real todavía: «El tiempo es hijo de la Verdad». Si bien que, si la Historia es la maestra de la vida, aquel que afirmó ser la Vida (cf. Jn 14, 6) es el Maestro de la Historia. De esta forma, la Providencia obró la Encarnación en la «plenitud del tiempo» (Gál 4, 4) y se aprovechó de la propia estructura del Imperio romano —como un «contraataque» a Pilato— para difundir la Buena Nueva hasta los confines de la tierra. En resumen: lo que era más improbable, sucedió...

La Historia, pues, no es un cuento de hadas, y mucho menos una comedia. Se asemeja a un drama repleto de tragedias, sorpresas y superaciones. En este sentido, en la Biblia encontramos narraciones edificantes, como el episodio en donde Susana, injustamente condenada a la pena capital por adulterio, es salvada al borde de la muerte gracias a su ferviente oración y a la inspirada intervención de Daniel.

Además, inicuos juicios y condenaciones a muerte siguieron repitiéndose a lo largo de la Historia de la Iglesia, desde los inicios del cristianismo hasta llegar a célebres sentencias como las de Santa Juana de Arco, Santo Tomás Moro o las santas mártires carmelitas de Compiègne.

En estos casos se podría objetar que la justicia ha fallado, porque unos inocentes perecieron al arbitrio de sus juzgadores. Sin embargo, recibieron el más perfecto sufragio, a saber, el que conduce al Paraíso. Más aún: en el Juicio final, el gran ajuste de cuentas en que todo será inexorablemente revelado, la justicia finalmente triunfará y los impíos «fallarán» por toda la eternidad. ✧



Reloj de arena

Foto: Gustavo Kralj



Intervenciones divinas en la existencia humana

El Señor de la Historia no es indiferente ante el atropello de los prepotentes, que se creen los únicos árbitros de las vicisitudes humanas: Dios humilla hasta el polvo a los que desafían al Cielo con su soberbia.

El salmo que se acaba de cantar es la primera parte de una composición que comprende también el salmo siguiente —el 147— y que en el original hebreo ha conservado su unidad. En la antigua traducción griega y en la latina el canto fue dividido en dos salmos distintos.

El salmo comienza con una invitación a alabar a Dios; luego enumera una larga lista de motivos para la alabanza, todos ellos expresados en presente. Se trata de actividades de Dios consideradas como características y siempre actuales; sin embargo, son de muy diversos tipos: algunas atañen a las intervenciones de Dios en la existencia humana (cf. Sal 146, 3.6.11) y en particular en favor de Jerusalén y de Israel (cf. v. 2); otras se refieren a toda la creación (cf. v. 4) y más especialmente a la tierra, con su vegetación, y a los animales (cf. vv. 8-9).

Cuando explica, al final, en quienes se complace el Señor, el salmo nos invita a una actitud doble: de temor religioso y de confianza (cf. v. 11). No estamos abandonados a nosotros mismos o a las energías cósmicas, sino que nos encontramos siempre en las manos del Señor para su proyecto de salvación.

Bondadoso Padre de los humildes, severo Juez de los soberbios

Después de la festiva invitación a la alabanza (cf. v. 1), el salmo se desarrolla en dos movimientos poéticos y espirituales. En el primero (cf. vv. 2-6) se introduce ante todo la acción histórica de Dios, con la imagen de un constructor que está reconstruyendo Jerusalén, la cual ha recuperado la vida tras el destierro de Babilonia (cf. v. 2). Pero este gran artífice, que es el Señor, se muestra también como un padre que desea sanar las heridas interiores y físicas presentes en su pueblo humillado y oprimido (cf. v. 3).

Demos la palabra a San Agustín, el cual, en la *Exposición sobre el salmo 146*, que pronunció en Cartago en el año 412, comentando la frase: «El Señor sana los corazones destrozados», explicaba: «El que no destroza el corazón no es sanado. [...] ¿Quiénes son los que destrozan el corazón? Los humildes. ¿Y los que no lo destrozan? Los soberbios. En cualquier caso, el corazón destrozado es sanado, y el corazón hinchado de orgullo es humillado. Más aún, probablemente, si es humillado es precisamente para que, una vez destrozado, pueda ser enderezado y así pueda ser curado. [...] “Él sana

los corazones destrozados, venda sus heridas”. [...] En otras palabras, sana a los humildes de corazón, a los que confiesan sus culpas, a los que hacen penitencia, a los que se juzgan con severidad para poder experimentar su misericordia. Es a esos a quienes sana. Con todo, la salud perfecta sólo se logrará al final del actual estado mortal, cuando nuestro ser corruptible se haya revestido de incorruptibilidad y nuestro ser mortal se haya revestido de inmortalidad».

Ahora bien, la obra de Dios no se manifiesta solamente sanando a su pueblo de sus sufrimientos. Él, que rodea de ternura y solicitud a los pobres, se presenta como juez severo con respecto a los malvados (cf. v. 6). El Señor de la Historia no es indiferente ante el atropello de los prepotentes, que se creen los únicos árbitros de las vicisitudes humanas: Dios humilla hasta el polvo a los que desafían al Cielo con su soberbia (cf. 1 Sam 2, 7-8; Lc 1, 51-53).

Señorío sobre la Historia y sobre la Creación

Con todo, la acción de Dios no se agota en su señorío sobre la Historia; Él es igualmente el Rey de la Creación; el universo entero responde a su

llamada de Creador. Él no sólo puede contar el inmenso número de las estrellas; también es capaz de dar a cada una de ellas un nombre, definiendo así su naturaleza y sus características (cf. Sal 146, 4).

Ya el profeta Isaías cantaba: «Alzad a lo alto los ojos y ved: ¿quién ha creado los astros? El que hace salir por orden al ejército celeste, y a cada estrella la llama por su nombre» (40, 26). Así pues, los «ejércitos» del Señor son las estrellas. El profeta Baruc proseguía así: «Brillan los astros en su puesto de guardia llenos de alegría; los llama Él y dicen: “¡Aquí estamos!”, y brillan alegres para su Hacedor» (3, 34-35).

Después de una nueva invitación, gozosa, a la alabanza (cf. Sal 146, 7), comienza el segundo movimiento del salmo 146 (cf. vv. 7-11). Se refiere también a la acción creadora de Dios en el cosmos. En un paisaje a menudo árido como el oriental, el primer signo de amor divino es la lluvia, que fecunda la tierra (cf. v. 8). De este modo el Creador prepara una mesa para los animales. Más aún, se preocupa de dar alimento también a los pequeños

seres vivos, como las crías de cuervo que graznan de hambre (cf. v. 9). Jesús nos invitará a mirar «las aves del cielo: no siembran ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta» (Mt 6, 26; cf. también Lc 12, 24, que alude explícitamente a los «cuervos»).

El Señor defiende a quien en Él espera

Pero, una vez más, la atención se desplaza de la Creación a la existencia humana. Así, el salmo concluye mostrando al Señor que se inclina sobre los justos y humildes

La acción de Dios no se agota en su señorío sobre la Historia; siendo Rey de la Creación, el universo entero responde a su llamada

(cf. Sal 146, 10-11), como ya se había declarado en la primera parte del himno (cf. v. 6).

Mediante dos símbolos de poder, el caballo y los jarretes del hombre, se delinea la actitud divina que no se deja conquistar o atemorizar por la fuerza. Una vez más, la lógica del Señor ignora el orgullo y la arrogancia del poder, y se pone de parte de sus fieles, de los que «confían en su misericordia» (v. 11), o sea, de los que abandonan en manos de Dios sus obras y sus pensamientos, sus proyectos y su misma vida diaria.

Entre estos debe situarse también el orante, fundando su esperanza en la misericordia del Señor, con la certeza de que se verá envuelto por el manto del amor divino: «Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar su vida de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. [...] Con Él se alegra nuestro corazón; confiamos en su santo nombre» (Sal 32, 18-19.21). ✧

SAN JUAN PABLO II.
Audiencia general, 23/7/2003.



Anne Dirke (CC-by-sa 4.0)

La Vía Láctea vista desde el campo Concordia, en la cordillera de Karakórum (Pakistán)



Reproducción

EVANGELIO

¹² Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. ¹³ Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, ¹⁴ para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías: ¹⁵ «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. ¹⁶ El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló».

¹⁷ Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: «Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos». ¹⁸ Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, lla-

mado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores.

¹⁹ Les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». ²⁰ Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

²¹ Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre, y los llamó. ²² Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

²³ Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, proclamando el Evangelio del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo (Mt 4, 12-23).

Guerreros de la Luz

El relato del inicio de la vida pública del Salvador, explosión de luz divina en medio de un mundo hundido en las tinieblas, llena de esperanza los corazones católicos, afligidos por el aparente dominio del mal en nuestros días.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



I – LA LUCHA DE LA LUZ CONTRA LAS TINIEBLAS

El credo proclama la divinidad de Jesús afirmando que Él es «Dios de Dios, Luz de Luz». Es interesante señalar el hecho de que se utilice el término *luz* para aludir a la consubstancialidad del Hijo con el Padre, que hace de dos Personas un único y mismo ser: Dios. Por otra parte, en el prólogo del Evangelio de San Juan el Verbo Encarnado aparece como «la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo» (1, 9). Estas afirmaciones conservadas con cuidado por la Iglesia en el depósito de la fe nos colocan ante una cuestión muy agradable de resolver: ¿Qué significa *luz* cuando se refiere al propio Dios?

Llamado a ver la Luz absoluta

Tenemos un conocimiento sensitivo de la luz. Nuestros ojos, por muy sanos que estén, pierden su utilidad sin la claridad del día, porque la total ausencia de resplandor lleva al hombre a un estado equivalente a la ceguera. Solamente algunos animales, como las lechuzas y los murciélagos, pueden ver durante la noche. La luz para el ser humano es, por lo tanto, lo que le permite percibir las cosas y distinguir las formas y los colores. Sin ella no hay vista y la comprensión de la realidad que nos rodea queda comprometida.

Pues bien, la luz material guarda tan sólo una vaga analogía con la Luz, en sentido absoluto, que es la Santísima Trinidad. Si comparamos el brillo de una vela con el fulgor del sol en su

cenit, tendremos una pálida idea de la distancia existente entre la luz creada y la Luz increada, la cual consiste en el conocimiento pleno, radiante y perfecto que Dios tiene de sí mismo y de todos los seres creados y creables. Este conocimiento propio de la divinidad se llama, en teología, *lumen gloriae*.

Al ser premiados con la felicidad eterna, los bienaventurados comienzan a ser partícipes de esa luz, de manera a ver a Dios como Él se ve a sí mismo, aunque sin abarcar toda su grandeza, ya que únicamente Él es capaz de englobar por entero su infinita belleza. Según la fina expresión de Santo Tomás de Aquino, los ángeles y los santos que están en el Cielo ven a Dios «*totum sed non totaliter*»,¹ es decir, todo, pero no totalmente.

Este elevadísimo conocimiento que poseeremos en el Cielo constituye la visión beatífica, bien definida por San Juan en una de sus epístolas cuando afirma que en el Paraíso «seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2b). Se trata de un conocimiento amoroso que colmará de gozo los corazones de los elegidos, hasta el punto de saciar por completo sus más nobles deseos y expectativas. Contemplar de forma inmediata e intuitiva la esencia divina, que es el Amor absoluto, supone un júbilo que supera con creces la comprensión humana. Por un lado, significa un premio demasíadamente grande para las criaturas tan pequeñas y miserables como nosotros; por otro, está a la altura de la magnificencia incommensurable del buen Dios.

A los bien-aventurados les es dado el premio de ver a Dios, Luz increada y absoluta, como Él se ve a sí mismo

*Al darse
cuenta del
surgimiento
de este nuevo
Sol, que era el
propio Verbo
Encarnado,
los malos
trataron
de apagar
el fulgor
de su luz*

Un tesoro todavía latente

Para conseguir ese don entre todos excelso, es menester que el hombre administre bien otra dádiva, también preciosa: la gracia, participación de la vida divina. En efecto, existe una relación directa e inseparable entre la vida de la gracia, que recibimos en el Bautismo, y la luz de la gloria. Una es para la otra como la aurora para el nacimiento del sol, pues la visión beatífica es la culminación natural e insuperable de los albores de la gracia, como explica San Juan Evangelista: «Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos» (1 Jn 3, 2a).

El esplendor de la gracia les desvela a los hombres, de manera sutil pero eficaz, la pulcritud de la verdad revelada, la fascinación de la santidad, el amor inimaginable de Dios por los hijos de Adán. La irrupción de esta luz sobre la tierra sucedió de un modo irresistible con ocasión de la Encarnación de Verbo, porque «en Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1, 4). Sin embargo, no todos abrieron su alma como debían a esta benéfica claridad.

Los pecadores empedernidos en el vicio percibieron una amenaza mortal con la llegada del Redentor: «Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras» (Jn 3, 19-20). Esa Luz, a la cual se refiere Isaías en la primera lectura de este domingo (cf. Is 8, 23b-9, 3), es el propio Cristo.

Así, la furibunda reacción de los corazones agostados en el mal no se hizo esperar y, con odio mortal, intentaron apagar el fulgor de ese nuevo Sol que nacía de lo alto. Comenzó entonces la batalla más terrible de la Historia, que aún se libra con rudeza en cada corazón humano, en el seno de la San-

ta Iglesia y en la sociedad. Y únicamente los vencedores recibirán la corona de gloria en la eternidad.

II – IRRESISTIBLE ATRACCIÓN DE LOS PRIMEROS FULGORES DE LA LUZ

El Evangelio del tercer domingo del Tiempo Ordinario narra el surgimiento de esta Luz, toda sobrenatural y saludable, sobre una región que yacía en las tinieblas del pecado, la Galilea de los gentiles. Contemplamos en él cómo a los ojos del mundo se explayaban los primeros fulgores de aquel que curaría todo tipo de enfermedad, expulsaría los demonios con ilimitado poder y, para los que libremente lo aceptaran, infundiría en los corazones el resplandor de la gracia, elevando simples hombres a la participación en la estirpe divina.

Sin embargo, un brillo más intenso recaería sobre algunos pescadores del mar de Galilea que habían conocido a Jesús recientemente y se habían maravillado con su radiante esplendor: Pedro y Andrés, hermanos oriundos de Betsaida, así como Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, los cuatro primeros apóstoles del divino Maestro.

Vocación: compromiso de evangelizar

Vocación sublime recibieron estos discípulos llamados a seguir al Señor y convertirse en pescadores de hombres. Sí, tendrían que echar las redes de la predicación y atrapar nuevos cristianos, proclamando la palabra a tiempo y a destiempo, como le aconseja San Pablo a Timoteo (cf. 2 Tim 4, 1-2).

El Apóstol de las Gentes insiste aún en la necesidad de rebatir a los adversarios, reprender a los pecadores y aconsejar a los buenos, con paciencia y deseo de instruir. Y advierte: «Vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apar-

Amanecer sobre el mar de Galilea (Israel)

tando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas» (2 Tim 4, 3-4). Hay que estar siempre alerta y dedicarse con empeño a la evangelización, que consiste en pregonar desde las azoteas lo que ha sido dicho al oído (cf. Mt 10, 27).

Las sacrosantas «redes» de estos eximios pescadores de hombres nos colocan ante una evidencia incuestionable: no basta que el cristiano se contente con el testimonio del buen ejemplo o de las obras de caridad, como algunos lobos disfrazados de pastores preconizan; es necesario proclamar, alto y claro, la verdad revelada. Así lo hizo el propio Jesús, anunciando la proximidad del Reino de los Cielos y exhortando a los galileos a la conversión.

Luz y tinieblas, Vida y muerte

¹² Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. ¹³ Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, ¹⁴ para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías: ¹⁵ «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. ¹⁶ El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló».

El ministerio del Precursor llegaba a su fin. A la prisión le seguiría el martirio. Se extinguía de forma cruel una vida de austera penitencia, marcada por la rectitud y por el coraje profético. El más grande entre los nacidos de mujer perecería por el odio vengativo de un rufián. «Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar» (Jn 3, 30), había afirmado el Bautista haciendo referencia a Jesús. De algún modo, el ocaso sangriento y glorioso de este valiente guerrero de la Luz fue prenuncio del divino Sol que brillaría ante el mundo.

El Señor abandona Nazaret a fin de instalarse en Cafarnaún, a la vera del mar de Tiberíades —pequeño en tamaño, pero inmenso en celebridad—, cuyas márgenes serían testigos del apostolado incansable, asombroso y fecundo del Mesías. Se cumple, por tanto, de manera admirable el oráculo de Isaías contenido en ese versículo.

El profeta hace referencia a las tinieblas y a la región de la muerte. ¿Cuál sería la atmósfera siniestra que se respiraba entre los galileos antes de la irrupción de la Luz? Esta densa oscuridad, cargada de aire infecto y mohoso del paganismo, había engendrado el aniquilamiento espiritual. En el extremo opuesto se encuentra Jesús, resplandor

que expulsa a los fantasmas nocturnos e infernales, trayendo vida en abundancia.

Cuando pensamos en nuestro triste mundo, evolucionado desde el punto de vista tecnológico y científico, pero tan extraviado en materia moral, nos damos cuenta de cómo es necesario que el *lumen Christi* vuelva a emitir sus rayos con vigorosa eficacia, a fin de vivificar una humanidad que yace esclava en la roña del vicio y en la fealdad del pecado. Hay que abrir las ventanas y las puertas de los corazones para dejar entrar la brisa fresca y perfumada de la Redención. Sólo así veremos esbozadas en las fisonomías de nuestros contemporáneos sonrisas llenas de alegría sincera y de esperanza.

Conversión o ruina

¹⁷ Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: «Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos».

La invitación del divino Maestro suena a los oídos de los católicos fervorosos como un llamamiento impregnado de bendiciones, aunque se trate de algo arduo. La conversión es una lucha de cada día y de cada instante. Cumple progresar siempre en la vida espiritual, de manera a asemejarse al modelo supremo, Jesucristo.

Los tibios y relajados, no obstante, escuchan el mandato del Redentor con hastio, cuando no con desdén. Relativista por excelencia, este género de almas prefiere dejarse llevar cómodamente por la opinión dominante, sin apenas oponer resistencia, encontrando falacias y sofismas en los cuales escudar su actitud sinuosa y traicionera. Por eso varias de las ciudades visitadas por el Mesías, después de haber asistido a auténticos fuegos artificiales de milagros y exorcismos, permanecieron en la mediocridad de sus pecados.

¿Cuál fue el resultado? La temible maldición del Señor: «¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido, cubiertas de sayal y ceniza. Pues os digo que el día del juicio les será más llevadero a Tiro y a Sidón que a vosotras. Y tú, Cafarnaún, ¿piensas escalar el cielo? Bajarás al abismo» (Mt 11, 21-23).

Si severo fue el juicio de Jesús contra esas ciudades relapsas, no quedó atrás su rigor en la ejecución de la sentencia, pues, transcurridos pocos años, fueron destruidas o borradas del mapa.

La palabra de Dios es sumamente seria. San Pablo la compara a la espada que, para extinguir

*La invitación
a la
conversión
hecha por
el Señor es
escuchada con
alegría por
los católicos
fervorosos, y
despreciada
por los tibios
y relativistas*

*¿Cuántas
no fueron
las almas
queridas por
Dios que
esquizaron el
llamamiento
divino,
prefiriendo
abrazar una
vida mediocre
y llena de
vicios?*

el mal y vigorizar el bien, penetra los corazones (cf. Heb 4, 12). Tristes son las consecuencias para los que no la ponen en práctica. En cambio, del Cielo bajan bendiciones abundantes sobre aquellos que, con coherencia, la transforman en vida. ¡Cuidémonos de permanecer atentos y de actuar con diligencia!

Prontitud para el bien, signo de auténticas vocaciones

¹⁸ Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. ¹⁹ Les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». ²⁰ Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

San Pedro y San Andrés ya conocían de antes al Señor y, ciertamente, sus primeras y embelesadas impresiones acerca de Él se sumarían al corazón de ambos, llevándolos a la convicción de haber encontrado a alguien que sobrepasaba en mucho la idea del Salvador preconcebida a la luz de las profecías. Jesús era sin duda el Ungido tan anhelado por Israel, pero su Persona reunía una serie de fulgores, maravillas y grandezas que superaban cualquier expectativa. Quizá por esta razón, percibían que a su alrededor flotaba una especie de niebla de misterio que lo hacía atrayente en sumo grado: se trataba de su unión substancial con el Padre, que en la mente de los discípulos no estaba aún explícita.

Esta meticulosa y cadenciosa preparación hecha por la gracia divina los había dispuesto a una prontitud ejemplar para toda forma de bien, por encima incluso de los intereses más legítimos. Dejar un medio de subsistencia estable y embarcarse en la aventura de seguir a aquel cautivador Maestro suponía un entusiasmo decidido y una total confianza en Él.

Así debemos actuar al discernir nuestra propia vocación. Teniendo signos claros de que es voluntad de Dios que emprendamos determinado camino, ya sea la vida religiosa, ya sea el matrimonio o cualquier otra llamada específica inspirada de modo inconfundible por la gracia, nos cabe a nosotros responder con la presteza de los Apóstoles: dejarlo todo y hacer en ese mismo instante la voluntad del Señor. ¡Cuántos hombres y mujeres decidieron abrirse paso por otros caminos más fáciles en apariencia, pero en verdad tortuosos y llenos de peligros! El infierno es un testimonio terrible de esta realidad. En el Cielo, sin embargo,

goza de la visión de Dios la incontable cohorte de aquellos que dijeron «sí» a la invitación divina y siguieron los pasos de Jesús.

La primacía del vínculo sobrenatural

²¹ Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban en la barca reparando las redes con Zebedeo, su padre, y los llamó. ²² Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

El ejemplo de los hijos de Zebedeo, en cierto sentido, va más allá. Abandonaron no sólo las redes, sino a su propio padre, sacrificio arduo que parecen realizar con gran soltura y facilidad. Al actuar así, muestran de modo cabal la superioridad del vínculo sobrenatural con el Señor sobre cualquier otro tipo de relaciones: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10, 37). Santiago y San Juan proceden con inaudita rapidez, lo que San Mateo subraya usando el adverbio «inmediatamente». ¡E hicieron bien! Se dejaron llevar por el soplo del Espíritu Santo, que los extasiaba con la figura fascinante del Maestro.

Si a lo largo de los siglos todos los que han tenido vocación se hubieran comportado de manera similar, la Historia habría sido otra. Cuántas almas llamadas por Dios esquizaron el llamamiento divino, prefiriendo la modorra de una vidita mediocre o la molicie deletérea del vicio. Algunos, como en el caso del profeta Jonás, fueron misericordiosamente perseguidos por la Providencia hasta el punto de que, por fin, correspondieron a las solicitudes celestiales. Otros, obstinados en hacer su propia voluntad, se hundieron en el triste anonimato de los que se amalgaman con la masa opaca del mundo. Pidamos a los hijos de Zebedeo la gracia del desapego y de la diligencia cuando el Altísimo nos llame a seguirlo.

El divino Evangelizador

²³ Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, proclamando el Evangelio del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

Jesús nos es presentado por San Mateo como el divino Evangelizador, modelo absoluto de los misioneros que gastan su existencia como fervorosos heraldos de la fe.

En primer lugar por la itinerancia, pues Él recorría toda Galilea. Estos desplazamientos incesantes muestran que la evangelización se hace yendo en busca de las personas, y no solamente llevando una existencia honesta en el propio ámbito laboral o doméstico.

Por otra parte, siguiendo el ejemplo del Señor, muchos hombres y mujeres abandonaron su patria para consagrarse al anuncio de la Buena Nueva por los cuatro rincones de la tierra, recogiendo en las redes de la Santa Iglesia innumerables y valiosos peces. Así pues, brillaron como potentes faros del divino fulgor que da vida y rasga la oscuridad del pecado. Oyeron el llamamiento, dieron la espalda a un futuro mundano y se lanzaron a la conquista de las almas para Dios. ¿Con qué armas? Con las mismas utilizadas con insuperable perfección por Jesús, de quien se hicieron imitadores.

Ante todo, utilizaron la espada de la palabra. Predicando el Evangelio del Reino, abrieron las puertas de la salvación a numerosos pecadores que, de otra manera, habrían permanecido en las tinieblas y en las sombras de la muerte. También se valieron de los más diversos carismas del Espíritu Santo a fin de obrar milagros, curaciones y liberaciones.

Concluimos, por tanto, que para seguir los pasos del Maestro es necesario ser pescador de hombres, anunciar con valentía la verdad y propagar la sublime Luz que todo lo revitaliza.

III – HERALDOS DE LA LUZ EN UN MUNDO ENVUELTO EN TINIEBLAS

En el Evangelio de este domingo contemplamos con viva emoción el cumplimiento de la promesa hecha por Isaías a los paganos que habitaban la región de Galilea y, por extensión, a los de todo el orbe. Se trata de una profecía cargada de esperanza, porque anuncia el surgimiento de una Luz vivificante y benigna que, a su vez, engendra nuevas luces. De hecho, gracias a la presteza con que



Jesucristo, Luz del mundo -
Newick (Inglaterra)

los cuatro primeros apóstoles respondieron al llamamiento del divino Maestro, nace la Iglesia militante.

La trayectoria de esta luz será trágica y gloriosa. Los hijos de las tinieblas, ofuscados por sus rayos, tratarán de extinguir el fulgor de Cristo y de su Iglesia. Y, en este sentido, la cruz del Señor representa la primera tentativa frustrada de los malos de apagar el brillo de la Redención. El esplendor de la mañana de Pascua disipó para siempre la negrura del pecado y de la muerte, pero la lucha no terminó con ese acontecimiento culminante.

A lo largo de los siglos, la Luz sufrirá mil y una formas de persecución. Al percibir que es inextinguible, los malos tratarán de eclipsarla en extremo, y nuestra época representa el auge de esa impía tentativa. Grandes males

necesitan grandes remedios... Estamos, en consecuencia, a las puertas de la más fulgurante manifestación de la Luz divina, que se realizará con el concurso de los corazones fieles que en medio de la densa noche conserven encendida la antorcha de la fe.

También nosotros estamos llamados por el Señor a una misión única por su altura y nobleza: ser guerreros de la Luz en este mundo de tinieblas. Respondamos con prontitud apostólica a tal vocación y dispongamos nuestro espíritu para la lucha contra la corriente del vicio. Así, haremos surgir nuevamente en el horizonte de la Historia el Sol de justicia, que implantará el Reino de paz y de santidad, todo marial, prometido por la Santísima Virgen en Fátima. Y tras afrontar los peores riesgos y emprender epopeyas sacrosantas, en la hora de nuestra muerte veremos amanecer en nosotros ese *lumen Christi*, que será nuestro deleite y nuestro consuelo eternos. ✧

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De veritate*, q. 8, a. 4, ad 11.

*Para seguir
los pasos del
Maestro es
necesario
ser pescador
de hombres,
anunciar
con valentía
la verdad y
propagar la
Luz que todo
lo revitaliza*

La victoria de la fidelidad

Durante la Revolución francesa, muchos capitularon ante la impiedad implantada por el «nuevo orden». Entre los poquísimos que resistieron con fidelidad se encuentran las carmelitas de Compiègne.



✠ Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas, EP

Ha habido períodos en la Historia en los que la Santa Iglesia ha brillado ante los hombres con sumo esplendor, cual reina que gobierna con firmeza y suavidad a los pueblos; en otras ocasiones, se hizo pequeñita en los brazos de sus hijos, escondiendo su sabiduría y grandeza a fin de ser conducida por ellos, como el Niño Jesús en su infancia. Sin embargo, lanza sus resplandores más hermosos cuando es perseguida por el mundo y por los infiernos en la persona de sus hijos escogidos, radicales en la entrega al bien, pues en esos momentos demuestra la fuerza de su inmortalidad, la riqueza de su santidad y el heroísmo de su fe.

¡Cuán difícil es entender esta realidad en una civilización en donde el dolor y el sufrimiento constituyen los principales adversarios del hombre! No obstante, a ejemplo de su divino Esposo, en lo alto de la cruz es donde la Iglesia forja a sus verdaderos hijos, a sus almas predilectas, a sus otros Juanes que junto a María Santísima permanecen en pie frente a todos los tormentos, completando con su sangre lo que falta a los padecimientos de Cristo (cf. Col 1, 24).

Pasan los siglos y estos elegidos forman parte de una cadena de oro que sustenta la promesa del divino Maestro

de que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia (cf. Mt 16, 18). A menudo son almas aisladas que sufren en el anonimato de la clausura un duro hostigamiento interior; otras veces son comunidades enteras que han preferido optar por la gloria del martirio antes que desertar del camino de la fidelidad. Esto es lo que les sucedió a las carmelitas de Compiègne durante los furores de la Revolución francesa.

Odio contra la Iglesia

No se puede negar que el ímpetu revolucionario de aquellos conturbados días descargó de manera violenta contra la Iglesia. En efecto, «la constelación de mártires de Jesucristo nunca se multiplicó tan repentinamente en Francia como durante los primeros años de la Revolución. Miles de

cristianos perecieron, no sólo por la guillotina, sino también por ahogamientos masivos, encarcelamientos, deportaciones, fusilamientos, por la violencia de las turbas y de verdaderas carnicerías».¹ Aunque apuntara a la abolición de la monarquía, se puede decir que la instauración de la república se produjo a costa de una auténtica persecución religiosa.

Este difícil período de la Historia francesa trajo al entonces floreciente Carmelo de Compiègne, en el norte del país, un futuro incierto.

Primera invasión del monasterio

En agosto de 1790 la Revolución ya había decretado la supresión de los votos religiosos y declarado la Constitución civil del clero. Muchos, por desgracia, capitularon ante el «nuevo orden»; varios huyeron al extranjero; poquísimos resistieron con fidelidad, y precisamente contra ellos se dirigió toda la saña de la Revolución.

Entre estos escasos fieles se encontraban las carmelitas de Compiègne. El 5 de agosto, miembros del Directorio, acompañados de una decena de guardias, violaron la clausura del monasterio por primera vez. Querían asegurarse, mediante una entrevista privada con cada religiosa, si estaban viviendo en comunidad por su propia voluntad, sin coacción, o bien si aspi-

La Iglesia lanza sus más bellos resplandores cuando es perseguida en la persona de sus hijos fieles, pues así demuestra la fuerza de su inmortalidad

raban en secreto a volver al mundo, como ciudadanas francesas «normales». Para garantizar la «defensa de los derechos» de quienes consideraban «desafortunadas vírgenes secuestradas», apostaron guardias armados por todo el recinto.

Las carmelitas, no obstante, desafiaron con firmeza a las autoridades civiles. Muchas declararon que, teniendo tantos años de vida religiosa —basta decir que las hermanas más antiguas llevaban medio siglo en el convento—, no iban a abandonar su estado y mucho menos el hábito de la Virgen del Carmen. Una monja sencilla y de poca instrucción, llamada Hna. Saint-François-Xavier, cuando escuchó la sugerencia de que volviera al estado civil, respondió con toda serenidad que una esposa bien nacida permanece con su cónyuge y que nada le haría abandonar a su divino Esposo, nuestro Señor Jesucristo.

La resistencia de la comunidad finalmente hizo retroceder a los emisarios, aunque sólo por un tiempo. La Revolución avanzaba a pasos agigantados en el país y todas sabían que su situación era delicada. Un día, sin embargo, el tenebroso suspense que en-

volvía sus vidas fue inesperadamente iluminado por un hallazgo.

El «sueño místico»

La Madre Thérèse de Saint-Augustin, elegida priora poco tiempo antes, en cierto momento decidió revisar los anales del monasterio: nueve volúmenes que contenían la historia de las fundaciones del Carmelo en Francia desde los días de la Madre Ana de Jesús, discípula de Santa Teresa.

Mientras hojeaba detenidamente el material, la Madre Thérèse encontró un relato cuyo título le llamó la atención: *Sueño místico*. Sin dudarlo un instante, se puso a leerlo. Se trataba de un sueño que una joven bienhechora

La descripción del sueño le reveló al corazón de la priora el rumbo que le había sido trazado a la comunidad: el camino del Cordero inmolado

del Carmelo, Marie Élisabeth Baptiste, había tenido en 1693. Impresionada y hasta emocionada con la narración, la priora recibió una de las mayores gracias de su vida, que definiría su vocación y el futuro de la comunidad.

Así decía el escrito: «Vi la gloria que las religiosas de este convento tendrían; esta gloria me parecía muy grande, muy alta; aprecié que un ángel ponía ordenadamente en fila a toda la comunidad; las hermanas jóvenes eran más elevadas en gloria que algunas hermanas más ancianas. Vi a varias que no conocía, pero que sólo más tarde reconocí. También vi al Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo; sus ojos nos miraban llenos de dulzura. [...] El ángel se llevó aparte a dos o tres religiosas; temía que hiciera lo mismo conmigo, pues entendía que esas hermanas no debían seguir al Cordero».²

Esta impactante descripción le reveló al corazón de la priora el rumbo que les había sido trazado: el camino del Cordero inmolado, o sea, el martirio. Sus vidas y su vocación comenzaron a cobrar sentido con ese sueño, de cara al furor revolucionario que se extendía. Las religiosas que seguirían al Cordero serían sin duda ellas. La



Martirio de las carmelitas de Compiègne - Convento de Santa Teresa, Palma de Mallorca (España).
En la página anterior, escena de la película «La Révolution Française. Les Années Terribles»

Francisco Lecaros

gracia le decía esto misteriosamente en el fondo de su alma. Le correspondía a ella, entonces, preparar a la comunidad para el cruel futuro que le esperaba.

Lo hizo en la propia Pascua de 1792. Reunió a las religiosas y les contó el sueño. Les explicó que la Iglesia sufría una de sus peores persecuciones y que la única manera de aplacar al Terror y exaltar a la Esposa Mística de Cristo en medio de sus tribulaciones era que todas hicieran un acto de ofrecimiento de sí mismas y de sus vidas, como víctimas.

Muchas no comprendieron a qué se refería la superiora... Las dos hermanas más antiguas de la comunidad reaccionaron con temor, sobre todo porque habían oído hablar de un instrumento odioso y terrorífico: la guillotina. Las novicias se preguntaban: «¿Quiénes serían esas dos o tres que “no debían seguir al Cordero”?».

En este ambiente se desarrollaron las fiestas pascuales en el Carmelo de Compiègne. Era necesario esperar que los acontecimientos mostraran la verdad sobre el presentimiento de la priora, y esto no tardaría en suceder...

En nombre de la libertad, forzadas a abandonar el Carmelo

Un decreto publicado el 4 de agosto de 1792 impuso finalmente el cierre de todos los monasterios femeninos. El 12 de septiembre, el mobiliario del Carmelo de Compiègne fue confiscado. Al verse obligadas, por ley, a abandonar su convento, las religiosas eligieron el día 13 para preparar su doloroso regreso al mundo. Con la ayuda de conocidos, consiguieron la ropa de civil y el día 14, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, consumaron su marcha.

¿Una tragedia? Aparentemente sí; no obstante, bajo la mirada de la fe este hecho significaba la llegada del Cordero de Dios, que llamaba a la puerta del Carmelo para invitar a sus vírgenes a seguirlo.

Se hospedaron en cuatro apartamentos. En medio del caos y el horror que el nuevo Gobierno francés difundía por la nación, todas trataban de llevar, en la medida de lo posible, vida de comunidad, renovando cada día el acto de ofrecimiento que habían hecho en la última Pascua celebrada en el convento. Como resultado, en los casi dos años que así estuvieron a la espera del martirio que recompensaría su fidelidad, sucedió algo maravilloso: el sufrimiento fue transformando sus miserias en virtudes, y sus flaquezas en santidad.

Sería demasiado largo narrar en estas líneas los pormenores de ese do-

*Obligadas a dejar
el convento, se
mantuvieron fieles
a la vocación; el
dolor transformó sus
miserias y flaquezas
en virtudes*

loroso «exilio». Sin embargo, el brillo de la fidelidad de aquellas religiosas alcanzó su máximo fulgor en el último día de sus vidas, en una matanza que marcó la Historia.

Arbitraria sentencia de muerte

Después de haber sido arrastradas desde sus apartamentos hasta una casa de detención provisional el 22 de junio de 1794, las desafortunadas carmelitas fueron, por fin, conducidas a la prisión instalada en la Conciergerie de París, el 12 de julio.

Vale la pena señalar que, por una misteriosa coincidencia —¡o providencia!—, es esa ocasión estaban vestidas con el hábito religioso, porque las únicas prendas de civil que tenían las habían puesto en agua para lavarlas. Ante la urgencia de cumplir

la orden de arresto, los guardias no tuvieron más remedio que, a regañadientes, llevárselas de todos modos.

El acta de acusación de las prisioneras recién llegadas fue redactada por Fouquier de Tinville, por entonces presidente del Tribunal revolucionario, por cuyas manos pasaban diariamente centenares de víctimas asesinadas en la guillotina. Por otra celestial coincidencia, el documento estaba fechado oficialmente el 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen.

El día 17 las religiosas de Compiègne comparecieron ante Fouquier para responder a las imputaciones. Bien podemos imaginar el impacto que tuvo en aquel ambiente inmundo la entrada de las dieciséis carmelitas vestidas con sus hábitos. Ahora bien, al tratarse de una parodia de juicio, no cabía duda de que todo resultaría en una condena a muerte, pues la libertad, tan pregonada e idolatrada por la Revolución, era una hipótesis descartada para los resistentes, sobre todo los religiosos.

Desafiando a sus víctimas, el inquisidor desmenuzó los distintos «crímenes» cometidos por ellas, que consistían básicamente en la formación de conciliábulos contrarrevolucionarios y en conspiraciones contra la patria y la república. Las pruebas eran, entre otros disparates, el hecho de vivir bajo la obediencia a una superiora y la aprehensión de una «voluminosa» correspondencia, retratos de Luis XVI y de la familia real, además de representaciones de los Corazones de Jesús y de María, símbolos de los insurgentes vandeanos.³ A estas ridículas acusaciones le siguió un interrogatorio, pero las respuestas de las carmelitas obviamente no fueron consideradas.

En cierto momento de la confrontación, el fiscal las llamó «fanáticas». Una hermana intrépida, Marie Henriette de la Providence, se levantó entonces y le preguntó:

—¿Qué significa que somos «fanáticas»?

Y le exigió una explicación más profunda sobre el término. Inseguro, Fouquier se encolerizó y vomitó un torrente de injurias contra ella y las demás. La Hna. Marie Henriette protestó, con dignidad y firmeza:

—Ciudadano, tu deber es acceder a la petición de una condenada. Por lo tanto, te suplico que nos respondas.

El tirano se vio obligado a declarar:

—Ya que lo quieres saber, eso lo entiendo como apego a tu religión y al rey.

—Te agradezco, ciudadano, esa feliz respuesta —le dijo la religiosa.

Y dirigiéndose a sus compañeras continuó:

—Mi querida madre y mis hermanas, exultemos de alegría en el Señor, pues vamos a morir a causa de nuestra santa religión, nuestra fe, nuestra confianza en la Santa Iglesia Católica.

¡Cuánto gozo! Serían realmente mártires, porque morirían por «apego» a la religión. Cuando finalmente fue pronunciada la sentencia, se regocijaron, a pesar de los naturales estremecimientos del instinto de conservación; Fouquier de Tinville, sin darse cuenta, les abría en aquel día las puertas del Paraíso.

Rumbo a la guillotina... ¡entre cánticos de gloria!

Concluido el juicio, las dieciséis carmelitas fueron puestas en una carreta y conducidas al patíbulo. La emoción que invadía sus corazones las llevó a cantar, durante el recorrido, el miserere y la salve.

Llegaron, por fin, a la plaza donde serían ejecutadas. La guillotina, ministra de constantes matanzas, las esperaba. Tres sonidos bastaban para la ejecución: el soltar la cuchilla, su descenso y... el rodar de la cabeza. A los pies del cadalso, todas se arrodillaron y renovaron sus votos. A continuación, la religiosa más joven de la comunidad, la Hna. Constance, que



Las carmelitas de Compiègne suben al Cielo tras su martirio

Pocos días después de la muerte de las religiosas, acabó el período del Terror en Francia: ¡el sacrificio del Carmelo de Compiègne había sido agradable a Dios!

sólo en ese momento había tenido la oportunidad de realizar su profesión perpetua, se acercó a la priora y, de rodillas, le suplicó:

—Permiso para morir, madre.

La Madre Thérèse se emocionó al ver realizadas en aquella joven las palabras proféticas del sueño: «Las hermanas jóvenes eran más elevadas en gloria que algunas hermanas más ancianas».

—Ve, hija mía —le respondió la priora.

Con un coraje indecible, la Hna. Constance subió los escalones del patíbulo cantando el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, y... ense-

guida se hizo partícipe del «banquete de bodas del Cordero» (Hch 19, 9). ¡Fue la primera en encontrarse con el divino Esposo!

De igual manera, una a una de las religiosas se arrodilló para pedirle la última bendición a la madre y, después, dirigirse a la guillotina. La valiente Hna. Marie Henriette permaneció al lado de la priora para ayudar a sus hermanas a subir la escalera del estrado. Finalmente, ella también subió y la Madre Thérèse se quedó sola. Todas sus hijas espirituales la esperaban en el Cielo. Ella las había animado y ahora no tenía en quién apoyarse, excepto en el Cordero inmolado, que la llamaba a sí con extremos de amor.

Holocausto aceptado por Dios

Como auténtico capitán que siempre es el último en abandonar el barco, la Madre Thérèse de Saint-Augustin caminó, por fin, hacia la muerte y, en pocos minutos, consumó el memorable holocausto de Compiègne. La profecía se había cumplido, el ofrecimiento concluyó. El cadalso fue el altar de la inmolación para aquellas elegidas.

Diez días después moría Robespierre y terminaba el período del Terror en Francia. ¡El sacrificio del Carmelo de Compiègne había sido agradable a Dios! La persecución, el odio y la injusticia de la Revolución contra estas almas fieles acabaron transformándose en gloria para la Santa Iglesia, pero también en una señal para impíos de todos los tiempos, que pierden su tiempo conspirando contra la Esposa Mística de Cristo: «El Señor es un Dios que retribuye, y al fin les dará su merecido» (Jer 51, 56). ✧

¹ BUSH, William. *Apaiser la Terreur*. Su-resnes: Clovis, 2001, pp. 27-28.

² Ídem, pp. 71-72.

³ Cf. MARIE DE L'INCARNATION. Manuscrit I. In: BUSH, William (Ed.). *La relation du martyre des seize carmélites de Compiègne*. Paris: Du Cerf, 1993, pp. 85-86.

De perseguidores a condenados

Durante siglos la Iglesia naciente fue regada por la sangre de los mártires, que así obtuvieron la gloria de fertilizar las raíces de una institución inmortal. Pero ¿qué final tuvieron sus perseguidores?

✉ Gustavo Balieiro Calvo



La noche del 18 o 19 de julio del 64 d. C. fue escenario del suceso que marcará hasta el fin del mundo el reinado del emperador Nerón. Un verano tórrido azotaba a los habitantes de Roma, capital de la potencia cuya inmensidad se extendía hasta los límites del mundo conocido por entonces. Las trompetas de alarma anunciaron la hecatombe: un incendio de proporciones insólitas, propagado a través de las cabañas de madera amontonadas por la ciudad, devastaba todos los monumentos, los cuales componían el más expresivo corolario de la cultura grecolatina.

El drama duró cerca de ciento cincuenta horas, liquidando casi toda la urbe. He aquí a la gloriosa Roma de los Césares convertida en un teatro infernal; no había más que polvo y cenizas.

Los «culpables»

¿Cuál habrá sido la chispa que detonó esa catástrofe?

A los ojos de muchos sobrevivientes, se trataba de un mero accidente, ocasionado por las intensas temperaturas estacionales y potenciado por la madera de las viviendas de la ciudad. Sin embargo, nadie descartaba la posibilidad de un atentado: ¿quién se beneficiaría del crimen? Se sabe que Nerón deseaba reconstruir los principales edificios romanos al estilo de Alejandría, según un plano majestuoso. Tales proyectos, sumados a otras afirmaciones suyas y algunos rumores, convirtieron al emperador en el principal sospechoso.

Se le añadía, además, que incluso antes de que la capital se incendiara, el gobierno de Nerón había comenzado un período de verdadera tensión. Se cumplían cinco años desde que había encargado matar a su madre, Agripina; e igualmente había ordenado degollar a su propia esposa, Octavia, para cederle el lugar a una concubina.

Tamañas iniquidades no ayudaban a exonerarlo de los rumores. Temiendo sufrir algún atentado, Nerón percibió que necesitaba limpiar su reputación ante el pueblo. Para eso tenía que encontrar un chivo expiatorio. Y eligió a los cristianos para el holocausto: aquellos marginados de la sociedad encajarían como anillo al dedo en el papel de culpables.

En una noche de agosto, dentro del propio circo de Nerón, lugar donde hoy se encuentra la Basílica de San Pedro, cristianos de todas las edades y ambos sexos fueron ferozmente torturados, degollados, cazados como fieras y sometidos a las peores vejaciones morales, todo a la luz de antorchas compuestas por personas vivas, para saciar la sed de sangre de la población exaltada. No obstante, el

*He aquí a la gloriosa
Roma de los Césares
convertida en un
teatro infernal...
¿Cuál habrá sido la
chispa que detonó
esa catástrofe?*

«El incendio de Roma», de Robert Hubert - Museo de Arte Moderno André Malraux, Le Havre (Francia)

Reproducción



Shinjirōd (CC by-sa 3.0)



Reproducción

«La última oración de los mártires cristianos», de Jean-Léon Gérôme - Museo de Arte Walters, Baltimore (Estados Unidos).
En el destacado, busto de Galerio - Palacio de Galerio, Gamzigrad (Serbia)

garbo y la alegría con los que aquellos héroes de la fe se entregaban al suplicio, seguros del premio que les esperaba, aterrorizaba a los paganos.

Víctima de sí mismo

Nerón pensaba haber solucionado las desavenencias con sus súbditos; dulce ilusión, que no tardó mucho en desvanecerse y dar paso a la realidad, es decir, a la pesadilla.

La noche del 9 al 10 de junio del año 68, Nerón se despertó oyendo por la ventana de su palacio la voz de una multitud que rugía diciendo: «¡Muerte al matricida!». Y enseguida previó el futuro que le aguardaba: en la mejor de las hipótesis, ser colocado dentro de un saco de cuero que era cosido y arrojado al Tíber, conforme prescribía el Derecho Romano como pena para ese género de asesinos.

Llamó a la guardia real, pero percibió que ya no había nadie dispuesto a protegerlo. El déspota era ciertamente torturado por su propia conciencia con suplicios mucho más atroces que los de los cristianos de los que él se había aprovechado.

Finalmente, la tarde del 11 de junio, prefirió ser víctima de sí mismo: acabó sus días atravesándose, entre llantos, un puñal por su garganta.

De rudo soldado a César

Otro caso paradigmático de la suerte que le espera a los perseguidores de la Iglesia ocurrió trescientos

Influenciado por Galerio, Diocleciano decretó una nueva persecución a los cristianos, la más cruel que haya conocido la Historia

años después del reinado de Nerón. Al ver el crecimiento demográfico y la constante insurrección de los pueblos sometidos al dominio romano, Diocleciano sintió la necesidad de dividir el gobierno en una tetrarquía. Habría una bipartición del Imperio —Oriente y Occidente—, en que cada mitad quedaría bajo el mando de un augusto, el cual nombraría un César, auxiliar con jurisdicción propia cuya función consistiría en aprender el arte del mando, convirtiéndose en sucesor natural del trono. Diocleciano, que optó por Oriente, eligió como César a un tal Galerio, soldado rudo cuyo simple aspecto, en palabras de Lactancio, «inspiraba terror solo su aspecto».¹

Cuando se organizó la tetrarquía romana, hacía treinta años que los cristianos disfrutaban de un régimen de tolerancia, pues Diocleciano no le imputaba a la verdadera fe la mínima amenaza para su dominio. De tal for-

ma la religión se había extendido durante el armisticio que muchos cargos importantes del imperio estaban en manos de cristianos, e incluso a la esposa y a la hija del augusto de Oriente les era profundamente simpática.

¿Cómo se desencadenó entonces la persecución, considerada la más sangrienta de todas?

Aunque las causas parecen poco claras, se sabe que Galerio desempeñó al menos un papel importante. Fue él quien instigó a Diocleciano a iniciar una purga en el ejército, pues afirmaba que había una insubordinación por parte de los seguidores de Jesús. Entonces se resolvió que todos los militares cristianos deberían sacrificar públicamente a los ídolos, bajo pena de una ignominiosa degradación.

Sin embargo, esto le parecía poco a Galerio, que permanecía a la espera de mejores oportunidades...

Atroces martirios

Para requerir del emperador una decisión ofensiva contra la Santa Iglesia, vinieron al encuentro del César pretextos tan convenientes, que resultaba difícil no sospechar que fueran ocasionados por algo más que simple casualidad. Los alrededores del palacio de Diocleciano se incendiaron dos veces, atentados por los cuales Galerio culpó a los cristianos. El augusto, sintiéndose rodeado de delincuentes, pirómanos y asesinos, acabó por desencadenar la persecución que habría

de recrudecerse en etapas sucesivas. La Historia no posee relatos de martirios tan atroces como los de este período.

Eusebio de Cesarea, autor de la más antigua narración sobre la Historia de la Iglesia y testimonio ocular de muchos de aquellos hechos, relata que algunos cristianos eran «desgarrados por todo el cuerpo empleando conchas en lugar de garfios, hasta que perdían la vida. [...] Otros morían amarrados a árboles y ramas: tirando con unas máquinas juntaban las ramas más robustas y extendían hacia cada una de ellas las piernas de los mártires, luego dejaban que las ramas volvieran a su posición natural. Así habían inventado el descuartizamiento instantáneo de aquellos contra quienes probaron tal tortura». ² Y estas son tan sólo algunas muestras...

¿Estaría el Dios vengador haciendo justicia?

Tras la toma de posesión de Galerio como augusto de Oriente en el 305, cinco años de violentos suplicios aún continuaron desarrollándose hasta que en el 310 el perseguidor fue acometido por una trágica enfermedad: el cáncer. Toda la parte inferior de su cuerpo no era más que una llaga supurante, mal agravado por el clima caliente, por la precaria higiene y las primitivas cirugías de la época.

El miedo lo abrumaba. Galerio era supersticioso, y su fe pagana, por muy sincera que pareciera, siempre había descansado en la antigua ley del talión. ¿Estaría algún dios vengador haciéndole justicia por los doce años de inflexible masacre de inocentes?

Entonces pensó que podría negociar con Cristo de la misma manera que solía hacerlo con el Sol: la vida y la salud, a cambio del final de la persecución. El augusto promulgó enseguida un edicto de tolerancia, el más benévolo que se había visto hasta entonces. Infelizmente, esto no impidió que la enfermedad siguiera su curso.

La última jugada del imperio pagano

No mucho tiempo después de la desafortunada «retractación» de Galerio, el emperador Constantino concedía la libertad a la Iglesia, a través del Edicto de Milán. Fue una victoria para la fe, y la Roma de los césares era cada vez más y más conquistada por el pacífico dominio de Cristo.

Los años pasaron y en el 331 nació un sobrino del emperador: Juliano. Hijo de padres cristianos, fue el único sobreviviente, junto con un medio hermano suyo, del asesinato de su familia en el 337. El joven tenía algo de místico, y a los 16 años llegó a anhelar el sacerdocio; no obstante, San Gregorio Nacianceno, que lo conoció, también habla de su exaltación y del ardor casi enfermizo que se observaba en su comportamiento. ³

Los dramas de una juventud atribulada contribuyeron a que abandonara las filas cristianas, a fin de adherir a las fastuosas filosofías neoplatónicas.

En el 351 fue llamado por Constancio, sucesor de Constantino, para que asumiera el cargo de César y administrara la Galia. Su éxito se reveló total como gobernador y como combatiente en la batalla contra los germanos, lo que aumentó su fama entre el pueblo y ante el emperador.

El ascenso de Juliano a la púrpura en el 361, debido a la muerte de Constancio, fue una consecuencia natural y se convirtió en una auténtica contrao-

fensiva del paganismo, la última gran jugada de una tradición destinada a la desaparición.

A lo largo de su viaje hacia Constantinopla para tomar posesión del imperio, se reabrían los viejos templos y los sacerdotes paganos salían a aclamarlo a gritos por las calles.

La conciliación opresora

Al principio de su reinado, Juliano prefirió limitarse a demostrar su preferencia por las falsas religiones, sin usar la fuerza. Como un veneno aplicado con cautela, el emperador iba cediendo poco a poco los cargos administrativos, ocupados en su mayoría por bautizados, a los paganos que tenían más afinidad con él, además de recompensar a aquellos miembros de la Iglesia que quisieran apostatar. Paradójicamente, escribía a los sacerdotes de los dioses aconsejándoles que imitaran las



Monique Bleck (CC by-sa 4.0)

Juliano el Apóstata - Tongeren (Bélgica)

El gobierno de Juliano significó una contraofensiva del paganismo, la última gran jugada de una tradición destinada a la desaparición

virtudes cristianas. Sin duda, un subliminal certificado de carencia.

Al cabo de unos meses, no obstante, la situación cambió. Juliano pasó a adoptar actitudes más severas, como la aplicación de un decreto que ordenaba la restauración del culto idolátrico en aquellas iglesias del imperio que antaño hubieran sido templos de los dioses. Pero los cristianos ya estaban demasiado asentados como para que no hubiera resistencia.

En diversas regiones ocurrieron episodios sangrientos, como el caso del obispo de Aretusa, el cual había salvado a Juliano de una carnicería en el 337, y que fue torturado hasta la muerte como castigo por un ataque a las prácticas paganas. Igualmente asesinaron a presbíteros ortodoxos en sus enseñanzas, por lanzarse contra los ídolos. En fin, una nueva era de persecución se perfilaba en el horizonte del cristianismo, y todos temían su desenlace. Juliano llegó a desaprobare públicamente algunos excesos por parte de los idólatras, pero tales actitudes no eran la conclusión lógica de su política «conciliadora» entre el cristianismo y el culto pagano.

Ahora bien, incluso estos últimos resquicios de seudotolerancia ecuménica no tardaron en caer. Entre el 362 y el 363, el emperador comenzó a escribir abiertamente contra la santa religión. Afirmaba que la «maquinación cristiana» era una invención de la malicia humana, y que Cristo no era más que un simple hombre, una especie de anarquista cuyos principios arruinarían la sociedad si se aplicaran. Pero esos alaridos durarían poco.

El final por un despiste

En junio del 363, mientras se bate en retirada durante una batalla en la peligrosa campaña en el actual Irán,



Alegoría de la Iglesia - Abadía de Prüfening, Ratisbona (Alemania)

Por su rechazo a la Santa Iglesia Católica, los enemigos de la fe entraron en lucha contra el propio Dios y fenecieron humillados

Juliano acude en socorro de su retaguardia, pero lo hace tan precipitadamente que se olvida de vestir la coraza. Un dardo lo alcanza en el hígado. Lo llevan a su tienda, donde fallece durante la noche.

La muerte de este jefe de 32 años se revela tan nítidamente providencial que enseguida se difunde que en su último aliento habría exclamado, refiriéndose al Señor: «¡Venciste, Galileo!».

Este hecho es puesto en duda por los historiadores. En cualquier caso,

parece innegable su simbolismo. Después de todo, la luz prevalece sobre la iniquidad. Roma —rica, poderosa, influyente, corrupta, sórdida, apóstata— se dobló ante el poder abrumador de la verdad: «Cayó, cayó la gran Babilonia. Y se ha convertido en morada de demonios, en guarida de todo espíritu inmundo» (Ap 18, 2).

¿Un castigo?

¿Se puede afirmar que las historias de estos emperadores tienen un denominador común? Las actitudes de los tres personajes —Nerón, Galerio y Juliano— constituyeron un rechazo al mayor tesoro que Dios dejó en esta tierra: la Santa Iglesia Católica. Y tuvieron un final que no imaginaron cuando se sentaron en el trono por primera vez.

¿Persiguieron a la verdad con malévolas intenciones o por desvarío de sus pasiones? ¿Por dolo o por pusilanimidad ante las influencias externas? No se puede conocer el interior del hombre, pero probablemente lo hicieron por una combinación de todos esos factores. Sin embargo, el hecho es que los perseguidores pasaron; Cristo, no obstante, permanece.

Así pues, cabe considerar las palabras de Gamaliel ante el sanedrín: «En el caso presente, os digo: no os metáis con esos hombres; soltadlos. Si su idea y su actividad son cosa de hombres, se disolverá; pero, si es cosa de Dios, no lograréis destruirlos, y os expondríais a luchar contra Dios» (Hch 5, 38-39). ♦

¹ DANIEL-ROPS. *A Igreja dos Apóstolos e dos mártires*. São Paulo: Quadrante, 1988, p. 387.

² EUSEBIO DE CESAREA. *Histoire Ecclésiastique*. L. VIII, c. 9, nn. 1-2: SC 55, 17.

³ Cf. DANIEL-ROPS, op. cit., p. 547.

Desde chiquito se

Se podría pensar que el uso de la disciplina quedó relegado al pasado; inaplicable, por tanto, a la «era del “smartphone”». No es lo que la experiencia y los estudios académicos han demostrado...

El título de este artículo nos remite a un conocido refrán que refiere la necesidad de cuidar del tallo joven desde el comienzo de su crecimiento, afirmándolo con palos para que no se tuerza y desbastándolo con podas. Aplicado a los hombres, el adagio viene a relacionarse con la máxima bíblica: «Educa al muchacho en el buen camino: cuando llegue a viejo seguirá por él» (Prov 22, 6).

Una buena formación presupone desde temprana edad cierta *disciplina*, es decir, una acción propia al *discípulo*, de manera ordenada, con enfoque y tenacidad. De este modo, el hombre desarrolla métodos de aprendizaje para distintas áreas del conocimiento, las llamadas *disciplinas*.

En español, *disciplina* también significa *castigo*, por lo que se confunde con autoritarismo puro. El laxismo la rechaza *a priori*; no obstante, puede ser provechosa en situaciones excepcionales, análogamente a los efectos positivos de una dieta más estricta para la curación de ciertas enfermedades. La disciplina, sin embargo, sólo es saludable si se alía a la templanza.

El Colégio do Caraça

En el ámbito pedagógico, fue proverbial la fama de «rigidez» del

tradicional Colégio do Caraça, fundado en 1820 en la ciudad brasileña de Catas Altas. De hecho, este internado para niños, dirigido por sacerdotes lazaristas, poseía una rutina reglamentada, compromiso en los estudios clásicos y exigente condicionamiento, pero siempre buscando el equilibrio: «Los alumnos serán formados —demanda el estatuto de 1955— en una disciplina suave y firme que evita, con el mismo cuidado, un rigorismo exagerado y una largueza perjudicial».¹

Aun así, los rumores difundían la idea de que el establecimiento de enseñanza era una especie de calabozo para estudiantes díscolos... Nada

más falso. De allí surgieron eminentes figuras de la vida eclesiástica, intelectual, militar y política de todo el país, entre ellos dos presidentes de la República: Alfonso Pena y Arthur Bernardes. Destáquese también que en el período de una observancia disciplinaria mayor, durante la gestión del P. Clavelin entre 1867 y 1885, fue cuando la institución alcanzó igualmente el mayor número de matrículas, entre 300 y 400.

Disciplina y esfuerzo

Se podría objetar que el uso de la disciplina quedó relegado al pasado; inaplicable, por tanto, a la «era del *smartphone*». No es lo que la experiencia y los estudios académicos han demostrado. Basta mencionar el caso del brasileño Diego Franco Araújo, de 19 años, que superó la prueba de acceso a la universidad en el primer puesto de 2022 en la Facultad de Medicina de la USP. El joven cuenta que para aprobar el examen exitosamente aplicó una rutina práctica de estudios, con simulador de ejercicios, disciplina y autoconocimiento, combinándolos con momentos de esparcimiento. En este ámbito, una investigación de 2005 realizada por Duckworth y Seligman, con ciento cuarenta alumnos de 3.º de Secundaria, detectó que la autodis-

Una buena formación presupone desde temprano cierta «disciplina», es decir, una acción propia al «discípulo», de modo ordenado, con enfoque y tenacidad

endereza el arbolito



✠ P. Felipe de Azevedo Ramos, EP



Rosa de la Torre

ciplina tenía el doble de importancia que el coeficiente intelectual para el buen rendimiento estudiantil.²

Esto se aplica también al buen desempeño en los deportes. La madre de Rayssa Leal, la medallista olímpica más joven de Brasil, que tenía 13 años cuando ganó el premio, comentó así la conquista de su hija: «El resultado no tiene que ver con la edad; son el esfuerzo y la disciplina los que hacen una campeona».

«La fábrica de cretinos digitales»

Ante la actual avalancha de distracciones, provocada especialmente por dispositivos electrónicos, se requiere aún más el «condimento» de la disciplina. Es lo que concluye el libro *La fábrica de cretinos digitales. Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*, del neurocientífico francés Michel Desmurget. La obra demuestra, por ejemplo, que el buen rendimiento escolar es inversamente proporcional al tiempo de exposición a las pantallas —del ordenador, del móvil, de la televisión, etc.—, las cuales son cada vez más utilizadas para entretenimiento y menos para trabajos escolares.

El autor cita también un estudio de 2011 que analizó tres estilos de educación parental: permisiva, es de-

cir, sin reglas; autoritaria, con reglas rígidamente impuestas; y persuasiva, con reglas explicadas. El artículo pone en evidencia que el número de niños susceptibles de asistir a la televisión más de cuatro horas diarias en cada grupo fue respectivamente del 20%, 13% y 7%. En otras palabras, las reglas disciplinarias son más eficaces si se aplican —y explican— con sabiduría.

Desmurget concluye que el consumo lúdico de los dispositivos digitales por parte de las nuevas generaciones no sólo es exagerado, sino que está fuera de control. Ahora bien, considerando el deficiente rendimiento de los alumnos brasileños, en

particular, en los *rankings* mundiales de educación, la situación puede ser aún más grave.

Para que el «arbolito» dé buenos frutos...

Para concluir: ¿Cómo está la situación en su casa? ¿Ha pensado en desconectar un poco los aparatos electrónicos? Actividades tan humanas como las de conversar, cantar, jugar o leer fluirán automáticamente...

De hecho, así como la planta no necesita únicamente de podas y palos de sustento, sino también de lo que viene de lo alto —el sol y la lluvia—, así al hombre le hace falta, además de disciplina, contemplar las cosas de lo alto —al Altísimo, lo trascendente, los elevados valores de la vida— y menos el brillo opaco de las pantallas digitales. De esta forma, el «arbolito» no sólo crecerá bien, sino que dará óptimos frutos. ✧

*Así como la planta
no necesita sólo de
podas y palos de
sustento, al hombre
le hace falta, además
de disciplina,
contemplar las
cosas de lo alto*

¹ ARAÚJO SILVA, José Pedro A. de. *Da arte de educar. A escola do Caraça*. Belo Horizonte: O Lutador, 2019, p. 384.

² Cf. DUCKWORTH, Ángela L.; SELIGMAN, Martin E. P. Self-Discipline Outdoes IQ in Predicting Academic Performance of Adolescents. In: *Psychological Science*. Año XVI. N.º 12 (dic, 2005); pp. 939-944.

Predilectos de Dios

El que es perseguido por causa de la justicia puede pasar por arideces y pruebas terribles, pero está continuamente sustentado, conservando en sí una felicidad interior que vale más que todas las alegrías terrenales.



✠ Plinio Corrêa de Oliveira

Me gustaría hacer una reflexión acerca de una bienaventuranza: «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5, 10).

En cada una de las bienaventuranzas, Nuestro Señor Jesucristo enuncia un principio que está de acuerdo con el propio orden natural o sobrenatural de las cosas; por lo tanto, es conforme a la sabiduría, la justicia, la bondad de Dios que esto sea así.

El hecho de que el divino Salvador lo enuncie no quiere decir que esa bienaventuranza comience a vigorar

en ese instante. Al contrario, desde el principio del mundo, desde Abel asesinado por Caín hasta el último mártir que haya de morir antes del fin de los tiempos, todos los perseguidos por causa de la justicia tienen la promesa del Reino de los Cielos.

Los sufrimientos del alma son más horribles que los del cuerpo

Para que entendamos por qué está en la naturaleza de las cosas, debemos analizar qué es ser «perseguido» y «por causa de la justicia».

En cuanto a lo primero, los que tienen más o menos mi edad¹ han oído hablar tanto de las persecuciones ro-

manas contra los cristianos que cuando se trata el tema se acuerdan de los que fueron martirizados en el Circo Máximo o en el Coliseo en tiempo del Imperio romano de Occidente. Éstos, que pagaron con la vida su fe, son los perseguidos por excelencia.

Luego, con un pequeño esfuerzo de la razón, concordamos en que, por ejemplo, las víctimas católicas de los campos de concentración nazis fueron igualmente perseguidas. Murieron por ser católicas; luego también son mártires. En esa condición está, por ejemplo, San Maximiliano Kolbe, que era realmente santo y falleció víctima de su fidelidad a la fe católi-



Reproducción

Cuando oímos hablar de persecución, nos acordamos de los mártires que entregaron sus vidas en fidelidad a la fe católica

Sacerdotes y civiles polacos tomados como rehenes por las tropas nazis, en Bydgoszcz (Polonia), en 1939

ca y de su deseo de ayudar a las personas que iban a morir de una manera terrible, en una cámara de exterminio nazi.

Pero lo que siempre permanece en nuestra mente es la idea de que la verdadera persecución es la cruenta, es decir, la que quita la vida de alguien o al menos lesiona su cuerpo. En cambio, la persecución psicológica, la tortura moral infligida contra una persona porque ama la justicia, rara vez se nos presenta como tal.

Ahora bien, por muy duro que sea el sufrimiento del cuerpo, la parte más noble del hombre es el alma; y los sufrimientos de ésta, cuando son grandes, son más horribles que los grandes sufrimientos físicos.

En el Huerto de los Olivos, el Señor sufrió su crucifixión psicológica y moral

El hombre sufre más en el alma que en el cuerpo. Ésta es la razón por la cual, de todos los episodios de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, yo tengo una veneración más profunda y fácil por la agonía en el Huerto, porque allí, por así decirlo, sufrió su crucifixión psicológica y moral. El Redentor previó todo lo que se haría con Él hasta el final y lo aceptó. Tuvo que someterse incluso al sueño y a la infidelidad de los Apóstoles; y luego vino todo lo demás.

Este sufrimiento fue tan grande que, según los Evangelios, Jesús comenzó a sentir tedio —o sea, aridez— y pavor ante lo que iba a suceder, y hasta llegó a sudar sangre, que es una de las manifestaciones más horribles del sufrimiento moral (cf. Mt 26, 37-38; Mc 14, 33-34; Lc 22, 44).

El sufrimiento moral fue mayor que el sufrimiento físico a lo largo de toda la Pasión. Hasta el punto de que, siendo este último inenarrable, el Señor se quejó desde lo alto de la cruz del primero, la aridez en que la Providen-



«La Oración en el Huerto», de Gregorio Lopes - Museo Nacional de Arte Antigo, Lisboa

*La Agonía de
Nuestro Señor
Jesucristo en el
Huerto revela cómo
los sufrimientos
morales son
superiores a los físicos*

cia lo había dejado, el abandono en que quedó su humanidad santísima: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46; Mc 15, 34).

No es una pregunta de rebeldía, ni de descontento, sino que es similar a la indagación llena de sumisión que la Santísima Virgen le hizo a Jesús cuando era niño y desapareció. Ella

lo encontró en el Templo y le preguntó: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así?» (Lc 2, 48). Fue un gran sufrimiento de alma.

Por lo tanto, Jesús sufrió en su cuerpo santísimo dolores atroci-simos durante la Pasión; pero los dolores morales fueron mayores.

Por ello, la iconografía de la Iglesia nos presenta a Nuestro Señor con el cuerpo cubierto de heridas, pero traduciéndonos su mirada en un sufrimiento mayor debido a las infidelidades e ingratitudes que recibió, y a la maldad con que fue perseguido.

Es decir, concluimos una vez más que la persecución moral, que hace sufrir al alma, es más cruel que la persecución que daña al cuerpo.

La peor forma de persecución: arrastrar al alma hacia el pecado

Tenemos una contraprueba de esto en la actitud de algunos mártires del tiempo del Imperio romano de Occidente. Cierta número de ellos comparecían en la arena tan alegres que se diría que ya estaban entrando en el Cielo, porque eran librados del sufrimiento del alma por un designio de Dios. En el momento de ser víctimas de un jaguar, un tigre, un león, ellos se encontraban inundados de consolación, resplandecientes de alegría, dejando completamente asombrados a los paganos que asistían a su martirio y no comprendían cómo, en tan terrible lance, podía una persona estar contenta.

¿Por qué esta alegría? El sufrimiento del cuerpo estaba presente, pero el sufrimiento del alma estaba ausente. Luego el principal género de persecución es el del alma, por la cual se busca tentarla y arrastrarla hacia el pecado, haciendo que el alma sufra siempre y cuando no consienta en pecar. Se trata de una forma quintaesenciada de persecución.

«Justicia»: síntesis de todas las virtudes

Otro punto: «perseguidos por causa de la justicia».

¿Qué se entiende por «justicia» en esta bienaventuranza? No es solamente la virtud cardinal de la justicia, por la que se le da a cada uno lo que le corresponde, aquello a lo que tiene derecho. La palabra *justicia* se usa en el Antiguo Testamento para indicar las virtudes como un bloque: las virtudes teologales, las virtudes cardinales y todas las virtudes derivadas. Por consiguiente, a uno no le odian por sus defectos, sino por sus cualidades.

Pasemos ahora a la razón más profunda de las cosas. El individuo que es perseguido por causa de la justicia sabe perfectamente —y si no fuera un hombre culto, al menos lo intuye, porque cada cual cuando se trata de su interés particular es muy intuitivo— que está siendo perseguido por ese motivo. Y también percibe que si deja de amar la justicia, de practicar la virtud o de promover la virtud de los otros, cesará la persecución.

Por ejemplo, el joven cuyos compañeros se burlan de él porque es casto, sabe muy bien que si practica alguna indecencia, toda la antipatía hacia él desaparecerá. Todo el que es perseguido conoce de un modo más o menos confuso la causa de esa persecución.

El premio para los que aman los bienes eternos por encima de los terrenales

Ahora bien, a pesar de saber por qué es perseguido, prefiere aceptar una vida difícil, llena de oposiciones, de calumnias, de críticas, antes que dejar la virtud. Lo cual quiere decir lo siguiente: por causa de bienes que son eternos, sobrenaturales, sacrifica su felicidad en la tierra.



El Dr. Plinio en 1975

El que en esta vida se apega a lo que es eterno, hasta el punto de sacrificar la alegría terrena, tiene como premio el Reino de los Cielos

La castidad, por ejemplo, es una virtud natural. Pero si el individuo la practica para hacer la voluntad de Dios, en la perspectiva de la Revelación, de la observancia de los mandamientos, realiza un acto sobrenatural.

Así pues, cuando prefiere ser perseguido antes que romper con eso que, en una expresión inadecuada, llamaríamos un valor sobrenatural,

da una prueba evidente de que ama más lo que es extraterreno y eterno que lo que es terreno.

Entonces, porque en esta vida se apegó de tal manera a lo que es eterno y sobrenatural, hasta el punto de sacrificar la alegría terrena, esa persona tiene como premio aquello que amó: el Reino de los Cielos.

O sea, éste le es dado en recompensa a quien, siendo perseguido, ha perseverado; a quien, para defender los valores eternos, inmoló su vida terrena. Como premio recibe el ósculo de Dios, personificación de las virtudes que practicó y al que contemplará cara a cara por toda la eternidad. Lo sacrificó todo en la tierra y lo tendrá todo en el Reino de los Cielos.

El Reino de los Cielos ya se realiza en esta tierra

Pero el Reino de los Cielos no existe sólo en la otra vida. Ya comienza a llevarse a cabo en esta tierra. Es decir, quien es perseguido por causa de la justicia tiene una paz, una tranquilidad de conciencia, un orden interior que el pecador no posee. En él habita el Reino de los Cielos, por el hecho de practicar los mandamientos y mantenerse en estado de gracia.

Por eso tiene la protección, el amparo de la Santísima Virgen ya en este mundo; puede pasar por arideces y pruebas terribles, pero está continuamente sustentado, conservando en sí una felicidad interior que vale más que todas las alegrías terrenales.

San Pablo, en una de sus epístolas, narra todo lo que había sufrido, incluso episodios en que naufragó, en que tuvo que huir de una ciudad metido en un costal a través de la ventana de una casa y otra serie de otras cosas (cf. 2 Cor 11, 23-27.33). Pues bien, en medio de estas tribulaciones rebozaba de alegría.

No era directamente un gozo de bienestar, de consolación sensible, sino una alegría en el fondo del alma, procedente de la rectitud que poseía.

Las persecuciones son una prueba del amor de Dios

De modo que ser perseguido por causa de la justicia es un motivo de alegría. Es la prueba de que se está del lado del bien, de que se puede tener la conciencia tranquila. Ser perseguidos por los malos es seguir los pasos de Nuestro Señor Jesucristo, pasar por donde Él pasó, cargar su cruz como Simón de Cirene.

Cargamos con la cruz de Cristo en la medida en que aceptamos ser perseguidos con Él. Y al igual que el Cirineo se hizo famoso en la Historia y es considerado un bienaventurado porque llevó la cruz, nos corresponde a nosotros dar gracias a Dios si somos elegidos para ello.

En efecto, no cualquiera sufre persecución por causa de la justicia. Dios da una muestra especial de su amor cuando elige a alguien para ser perseguido, para hacer las veces de Cristo. Es una gloria enorme, que debemos apreciar en su debido valor.

«Pon tus pies donde puse los míos»

Imaginemos a un rey que se acerca a uno de sus súbditos y le dijera lo siguiente:

—Mañana tendría que entrar en una ciudad solemnemente, pero no voy a poder ir. Entonces, tú harás de rey; cuando llegues, da este aviso. Serás bien recibido por todos y montado en un carruaje con magníficos asientos. Pasearás por toda la ciudad y el pueblo te ovacionará.

El súbdito se arrodillaría a los pies del rey y le respondería:

—Mi señor, qué honor poder sustituirlos en un oficio de este porte. Os lo agradezco.

Más que esto, debemos decirle a Nuestro Señor Jesucristo por medio

de Nuestra Señora: «Mi Señor, ¡qué honor hacer las veces de vuestra Persona y cargar vuestra cruz! ¡Qué bondad de vuestra parte el conferirme tal cosa! Acepto, ¡dadme fuerzas! Madre de misericordia, ¡ayudadme!».

A veces es duro tener esta fuerza. Cierta religiosa fue favorecida con una visión de Nuestro Señor Jesucristo llevando la cruz e invitándola a seguirlo. Ella se puso a caminar, pero tropezaba con piedras y otros esco-

llos que le hacían sufrir horribilmente, y apenas conseguía acompañar los pasos del Redentor.

Entonces Jesús se volvió hacia ella y le dijo: «Te voy a enseñar un medio por el cual las fuerzas no te faltarán. Mira al suelo y fíjate por donde voy dejando las huellas de mis pies; en lugar de poner los tuyos en cualquier sitio, ponlos donde puse los míos y así el camino será fácil».

Unámonos a Nuestra Señora y tratemos de sufrir con Ella; de este modo estaremos en el camino fácil y seguro del que habla San Luis María Grignon de Montfort. María Santísima nos ayudará y llegaremos a nuestro término. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XIV.
N.º 159 (jun, 2011); pp. 27-30.

¹ El Dr. Plinio tenía 66 años cuando pronunció la conferencia que aquí se transcribe.

Dios da una muestra especial de amor cuando elige a alguien para que sea perseguido por causa de la justicia, en unión con su divino Hijo



Santa Clara de Montefalco carga la cruz junto a Nuestro Señor -
Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid

Francisco Lecaros

Líder de una rebelión monacal

El Espíritu Santo no actúa en conformidad con el espíritu del mundo y, para santificar las almas, suscita la oposición de las costumbres del tiempo. Lo quieran los hombres o no, la mano de Dios está ahí.

✠ Luis Felipe Marques Toniolo Silva



Los recién llegados eran objeto de comentarios en toda la región. No había duda de que eran religiosos. Pero ¿a qué Orden pertenecían? Nadie lo sabía. Algunos más informados afirmaban que eran monjes rebeldes que, descontentos con su monasterio, decidieron fundar una nueva casa con otro reglamento, habiéndose instalado allí. Ellos mismos levantaron las paredes de su vivienda. Trabajaron con ardor, interrumpiendo la tarea tan sólo para los momentos de oración.

Aquellos hombres suscitaban opiniones bien diversas a su respecto. Una parte del pueblo y de las autoridades religiosas los criticaban por sus maneras y costumbres, por la vestimenta que adoptaron, por la austeridad de sus normas. Era, según se decía, una disciplina demasiado rígida, una concepción estrecha de la fe, inadecuada para un mundo en evolución. Los sentenciaban condenados a la desaparición.

Por otro lado, estaban los que admiraban la radicalidad de ese puñado de hombres. ¿No había dicho el Salvador que la puerta de la salvación es estrecha (cf. Mt 7, 14) y que en el Cielo solamente entran los que hacen

violencia (cf. Mt 11, 12)? Sí, algunos pensaban que la rigidez en la forma de vida de esos monjes no era un problema, sino el remedio para la sociedad y para la Iglesia.

La inmensa mayoría de la gente, no obstante, admiraba en silencio lo que veía como heroísmo, virtud y santidad. Titubeaba en aplaudir, porque se sentía compelida a imitarlos, pero no tenía el valor necesario para seguir el mismo camino.

¿Quiénes eran esos hombres que provocaban apreciaciones tan dispares?

Un grupo de monjes guiados por varones intrépidos que, a finales del siglo XI, decidieron llevar a cabo una re-

vuelta... ¡santa! Fundaron la Orden cisterciense, arrastraron tras de sí a multitudes y revigorizaron una era histórica.

La crisis en la Iglesia y el detonante de una santa rebelión

A lo largo de su existencia dos veces milenaria, la Iglesia ha atravesado por numerosos momentos difíciles. No obstante, la crisis por la que pasó en torno al año 1000 parecía indicar que la Esposa Mística de Cristo —inmortal por promesa divina— había entrado en agonía. Los escándalos y los abusos se multiplicaban por todas partes, a menudo provocados por eclesiásticos y pastores indignos de su cargo y negligentes con sus ovejas. El edificio del catolicismo estaba minado en su propia estructura jerárquica.

El Espíritu Santo, sin embargo, no dejó de engendrar almas santas en aquel período. Así pues, el siglo que siguió a la crisis vio florecer diversos movimientos religiosos sedientos de una vida más perfecta. Una brisa de fervor y de virtud recorrió Europa.

Estos sentimientos animaron a un monje benedictino, que sería conocido por las generaciones futuras como San Roberto de Molesme, a iniciar una reforma en el seno de su Orden. ¿Su

*Un grupo de monjes
guiados por varones
intrépidos decidió
hacer una santa
revuelta, que arrastró
multitudes y revigoró
una era histórica*

deseo? Sencillamente regresar al rigor de la observancia de la Regla del gran patriarca San Benito, porque para él sus hijos espirituales ya no vivían el ideal de santidad de los primeros ermitaños.

El anhelo de Roberto sonó en los medios monásticos como un grito de sublevación. Y la Historia probaría que, de hecho, él y sus seguidores promovieron una santa rebelión.

Primer intento en Molesme

En 1075, Roberto y otros siete compañeros comenzaron una experiencia en Molesme, Borgoña. Entre estos pioneros, había uno que destacaba por su santidad y ardor: Alberico.

Poco se sabe de su vida antes de unirse a Roberto. La tradición cisterciense da por sentado que era un caballero de origen noble, y los primeros documentos históricos de la Orden se limitan a describirlo como un monje «letrado, versado en las ciencias divinas y humanas, que amaba la Regla y a sus hermanos».¹ Pero los rasgos de su personalidad fuerte y audaz se evidencian en la historia de la fundación del Císter.

No era fácil realizar el anhelo de Roberto y Alberico, pues se oponía al ideal religioso del tiempo. Pronto

aparecieron las críticas externas, procedentes sobre todo de eclesiásticos y de otros monjes, quizá porque la austeridad de la Orden naciente hiriera su conciencia, o incluso porque los fieles confrontaban uno y otro estilo de vida monacal y pensaban que los reformadores iban más en la línea de los consejos evangélicos. La comparación popular generó ciertamente un gran malestar, seguido de envidia, en los clérigos relajados.

La venganza de la mediocridad

La primera sacudida que sufrió la nueva fundación fue una división interna. En pocos años Molesme se había desarrollado y había reclutado

a nuevos miembros, pero no todos se habituaron al rigor de las costumbres.

Los descontentos afirmaban que la reforma de Roberto era una utopía y, aprovechándose de una ausencia temporal del abad, pretendieron suavizar la Regla. A ellos se opuso un núcleo fervoroso, encabezado por Alberico, que entonces ocupaba el cargo de prior. La discusión se calentó, transformándose rápidamente en una pelea física. Los laxistas ganaron: golpearon al prior y lo encerraron en una celda.

Con el regreso de Roberto, el puñado fiel entendió que ya no era posible realizar su sueño en Molesme, porque la mediocridad había invadido el monasterio.

¿Era muy dura la vida que proponían Alberico y sus compañeros? Sí, de hecho lo era y ellos lo sabían muy bien. Sin embargo, el mundo había llegado a tal extremo de pecado, que se había hecho necesaria la presencia de hombres que llevaran la virtud y la santidad también hasta el extremo. Y esta radicalidad, la comunidad de Molesme la rechazó.

Nace Císter

Roberto y Alberico, acompañados de veinte frailes fervorosos, dejaron enton-

De personalidad fuerte y sediento de una vida religiosa más perfecta, Alberico se unió a Roberto en la fundación de una nueva Orden



En el destacado, fundadores de la Orden cisterciense - Abadía de Mariawald, Heimbach (Alemania);
al fondo, abadía de Molesme, Laigues (Francia)



ces Molesme en busca de un lugar donde pudieran continuar su «rebelión».

Lo encontraron próximo a Dijon, en el valle del Saona, y allí se establecieron el 21 de marzo de 1098. El sitio estaba deshabitado y era pantanoso, lleno de juncos, llamados *cistels* por los medievales. Por eso la nueva abadía, construida con ahínco por los religiosos, enseguida pasó a ser conocida como *Cîteaux*, Cister en español.

Habiendo vivido allí un año, Roberto recibió órdenes de volver a Molesme, conforme la decisión de un legado pontificio. Al frente del Cister quedó Alberico, con la misión de continuar la fervorosa revuelta.

El abad de los monjes blancos

San Alberico ocupó el abadiato durante diez años. Período tremendo, en el cual la penuria de alimento y la escasez de vocaciones estremecieron la comunidad. Las pruebas, sin embargo, no sacudieron para nada su fe.

Insaciable de radicalidad, este monje «rebelde» decidió renovar la indumentaria. En aquel tiempo, el hábito de color negro se había hecho universal. Alberico, no obstante, determinó que sus religiosos vistieran un hábito de lana blanca, cuyo tejido, de calidad inferior, era más conforme a la Regla de San Benito y a la pobreza evangélica.

Se cuenta que una noche, mientras él y los otros monjes rezaban en

conjunto, la Madre de Dios se les apareció llevando «en sus manos un manto blanco y resplandeciente, que impuso sobre la cabeza del asombrado abade».² Así, las vestiduras níveas de los cistercienses empezaron a simbolizar su vida de perfección, y el pueblo, en su admiración, comenzó a llamar a aquellos hombres austeros «monjes blancos».

También fue Alberico el que consiguió la protección pontificia para el monasterio de Cister e instituyó los hermanos conversos o hermanos legos, los cuales a pesar de vivir en comunidad no profesaban votos.

Quien primero invocó a la Virgen como «Nuestra Señora»

Las narraciones históricas cistercienses conservaron pocos rasgos biográficos sobre él, pero la tradición

*Cierta noche,
Nuestra Señora se le
apareció a Alberico y
le impuso un manto
blanco, que pasó a
ser el símbolo del
ideal cisterciense*

de la Orden preservó hasta nuestros días su memorable devoción mariana: «María, Reina de los ángeles, era la luz del santo abad, Alberico».³

A él se le atribuye la costumbre de invocar a María como «Señora».⁴ En la piedad medieval, los fieles se dirigían más frecuentemente a la Madre de Dios como «la Virgen». Pero cuando Alberico les predicaba a sus monjes en el capítulo la llamaba «mi Señora».

¡Cuántas veces la comunidad presenció al abad hablar de Ella como un niño encantado por su madre! Aquella feliz expresión se volvió corriente entre los monjes blancos, siendo costumbre repetir: «La Señora de Alberico nos ayudará». Y la Señora de Alberico enseguida se convirtió en Nuestra Señora del Cister, para ser hoy, en los labios de cualquier alma afligida, Nuestra Señora.

La última y más grande prueba

En otoño de 1108, Alberico enfermó gravemente y todo parecía indicar que la santa rebelión había sido vana: los monjes blancos habían causado admiración en el medievo, pero atrajeron a pocos seguidores. Cister era como

En el destacado, San Alberico recibe el hábito cisterciense de manos de Nuestra Señora - Abadía de Rein (Austria); al fondo, Biblioteca de la abadía de Cister, Saint-Nicolas-lès-Cîteaux (Francia)



Melchior2006 (CC by-sa 3.0)

una plaza sitiada que se rendiría por falta de combatientes. Y Alberico lo sabía. La reforma, ¿habría sido realmente deseada por Dios?

Cuando Alberico cerró los ojos a esta vida el 26 de enero de 1109, ciertamente había vencido la última y más grande prueba: creer que, a pesar de todas las apariencias en contrario, su obra saldría adelante. Esta certeza no provenía de los hechos —pues la realidad a su alrededor indicaba lo opuesto—, sino de la fe.

¡Y la Orden triunfó! San Esteban Harding continuó la reforma cisterciense y, poco después, ingresó en las filas de los monjes blancos un joven brillante, un alma de fuego: San Bernardo, acompañado por treinta y un nobles, entre ellos un tío materno, cuatro hermanos y algunos primos. Bajo la égida del gran abad de Claraval, el espíritu del Císter —marcado por el anhelo de radicalidad— se extendería por toda Europa. A finales del siglo XII, menos de cien años después de la muerte de San Alberico, la Orden contaba con 343 monasterios. La santa rebelión había triunfado!

No parece exagerado afirmar que, en el origen de este éxito fantástico, está un silencioso y sublime acto de fe de Alberico.

La disciplina rígida que impone el Evangelio

La reforma cisterciense deseaba un regreso a la observancia estricta de la Regla de San Benito. Ahora bien, la preocupación meticulosa con las normas, el apego a las costumbres



«San Bernardo y sus compañeros ante el abad del Císter», de Michael Willmann - Catedral de San Juan Bautista, Varsovia

La fe de Alberico en el triunfo de la obra fue premiada tras su muerte, cuando un joven llamado Bernardo vino a llamar a las puertas de Císter

antiguas, la ascesis intransigente o excesiva disciplina anhelada por San Alberico y los monjes blancos, ¿no eran contrarios a la dulzura y la suavidad del Evangelio? El propio Jesucristo, ¿no había censurado a los fariseos, escrupulosos cumplidores de la ley y las tradiciones, al respecto?

La comparación es inevitable, y salta a los ojos del católico contemporáneo.

La radicalidad de San Alberico, sin embargo, está en entera conformidad con la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo, quien dijo que no vino a abolir la Ley, sino a darle plenitud (cf. Mt 5, 17). Las recriminaciones dirigidas a la secta farisaica, tenida por radical, se debían a su hipocresía, pues sus miembros no vivían lo que enseñaban, dándole más importancia a las exterioridades que a la práctica real de los mandamientos.

En verdad, el Mesías trajo preceptos más rigurosos que los de la Ley mosaica, como se verifica, por ejemplo, en la discusión sobre la indisolubilidad del matrimonio y en la práctica del amor al prójimo (cf. Mt 5, 27-48). Y el cumplimiento de estos preceptos, fundado en la virtud teologal de la caridad, exige una postura interior que, como consecuencia, se exterioriza en hábitos y modos de vida, los cuales desde la Antigüedad han sido considerados a menudo por el mundo como exageración y fanatismo.

Ahora bien, Santo Tomás de Aquino⁵ enseña que la caridad puede aumentar hasta el infinito. En esta vida no hay límites para el amor a Dios: hay que apuntar siempre al extremo inalcanzable.

El mundo contemporáneo condena indiscriminadamente cualquier forma de radicalidad, pues parece ver en ella el origen de todos los conflictos, opresiones y guerras. No obstante, precisamente por la ausencia de hombres que no dudan en abrazar la radicalidad evangélica es por lo que la sociedad actual se encuentra a la deriva. ✧

¹ ORIGINES CISTERCIENSES. *Les plus anciens textes*. Paris: Du Cerf, 1998, pp. 55-56.

² BOLLANDUS, SJ, Ioannes. *Acta Sanctorum. Ianuarii*. An-

tuariæ: Ioannem Meursium, 1643, t. II, p. 755.

³ GOBRY, Ivan. *Les moines en Occident. Cîteaux*. Paris: François-Xavier Guibert, 1998, t. V, p. 28.

⁴ Cf. RAYMOND, OCSO, M. *Tres monjes rebeldes. La saga de Cîteaux*. Barcelona: Herder, 1981, p. 217.

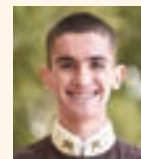
⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 24, a. 7.



Francisco Lecaros

Una encrucijada en la Historia de Francia

En los momentos en que se decide el futuro de un país, la buena preparación, sumada a un genio enérgico y altivo, puede garantizar las conquistas necesarias. La actuación del «Grand Condé» en la batalla de Rocroi destaca como rutilante ejemplo de esta realidad.



✎ Fábio Ricardo Soares

Ha habido muchas ocasiones en la Historia en las que el futuro de una nación, o incluso del mundo, se decidió en función de un alma aparentemente débil, pero que llevaba dentro de sí la promesa de grandes realizaciones.

Así pues, la bella Francia de principios del siglo XVII le debió todos los faustos y esplendores de Luis XIV a un joven que no había cumplido siquiera los 22 años: Luis II de Borbón, duque d'Enghien y príncipe de Condé, conocido como *Grand Condé*. Y esto sucedió gracias a una batalla...

Un gran peligro para Francia

Corría el año de 1643. Europa sufría la Guerra de los Treinta Años, conflicto religioso profundamente entrelazado con cuestiones políticas, a propósito del cual ríos de sangre ya habían regado gran parte del continente.

El monarca francés, Luis XIII, se encontraba enfermo, de un mal que lo llevaría a la muerte en poco tiempo.

Su hombre de confianza, el cardenal Richelieu, estadista que se había mostrado irreductible ante las grandes potencias de la época, tampoco pudo hacer nada cuando la dolencia —ese enemigo a menudo enviado por el propio Dios— llamó a su puerta y, ya en el año anterior, había entregado su alma al justo juicio divino, y el título de primer ministro, a su protegido, el cardenal Mazarino.

Debilitada con tanta inestabilidad política, combatida en todos los flan-

cos, Francia veía, además, erguirse la sombra amenazadora de la mayor fuerza bélica de entonces, los temidos tercios españoles, invencibles desde hacía más de cien años, que se dirigían contra ella comandados por un experimentado oficial, don Francisco de Melo. Si no se tomaba alguna medida drástica, en poco tiempo la hija primogénita de la Iglesia sucumbiría bajo los piquetes y arcabuces de la infantería enemiga.

El monarca francés, viviendo sus últimos días, no temió poner a todo su ejército bajo la dirección de un militar relativamente inexperto, y echó una carta a la desesperada: nombró a Luis, duque d'Enghien, como jefe de sus fuerzas armadas. En ese momento, el destino de Francia estaba en las manos de un joven de 21 años... Pero ¿quién era el joven al cual el rey le había confiado sus tropas?

La juventud de Luis II de Borbón

Luis, hijo de Enrique II de Condé y de Carlota Margarita de Montmoren-

Luis XIII no temió nombrar como comandante de su ejército a un joven de 21 años, en cuyas manos recaía el destino de Francia

cy, nació el 8 de septiembre de 1621, en la más ilustre familia de Francia: los Borbones. Heredó el título de duque d'Enghien y, tras la muerte de su progenitor, también el de príncipe de Condé.

A los 8 años, su padre determinó que debería estudiar bajo los auspicios de los jesuitas, en el Lycée Sainte-Marie, de Bourges. Pese a la sencillez del aula, quien entrara en ella vería un estrado dorado separado de los otros alumnos, para que el aprendiz, sobrino del rey, tuviera la debida deferencia.

Desde temprana edad, el gusto por las armas encendió en el corazón de Luis el deseo de heroicas hazañas. Cuando niño, organizaba pequeñas guerras con los demás chiquillos, siendo él mismo el comandante. Antes de iniciar el combate, pronunciaba discursos en latín, lengua en la que se expresaba tan bien como en francés.

Con el paso de los años, ingresó en la Academia Real para la joven nobleza. Siempre decoroso y especialmente dedicado, Luis se destacó en todas las artes, desde la equitación hasta las matemáticas. En suma, poco a poco el príncipe desarrollaba el perfil de un general. Sin embargo, Richelieu propuso que se alistara en el ejército primero como soldado, antes de que asumiera algún mando. Así pues, conociendo de cerca las luchas y dificultades enfrentadas por los subalternos, estaría capacitado para ser un hombre firme en las decisiones arriesgadas y afable como un verdadero padre en las treguas, ganándose la confianza de sus subordinados, condición indispensable para el triunfo en la guerra.

De hecho, un líder carismático era imprescindible, ya que el ejército de Francia se encontraba desmoralizado. Tras la muerte del primer ministro, varios oficiales habían dejado sus puestos bajo pretextos diversos y los salarios se encontraban atrasados. De un modo general, los militares ya se habían resignado a la derrota.

Rumbo al campo de batalla

Ahora bien, le correspondía a él que, según la expresión de Bossuet, era «un joven príncipe de sangre real que llevaba la victoria en la mirada»,¹ levantar la moral de las fuerzas francesas y conducir las al triunfo. Y el duque lo consiguió.

Empezó restaurando la disciplina, reuniendo en plazas fortificadas a las tropas que se encontraban dispersas por todo el país, a fin de que pudieran desplazarse con agilidad ante cualquier ataque enemigo. Pero el factor decisivo para la cohesión fue su genio y su presencia marcante:

«Tenía, sobre todo, en el más alto grado, ese don supremo del líder, ese

don que nada sustituye y sin el cual todo el resto es nada: la autoridad. Le bastaba aparecer para imponerse. Tenía la prontitud y la firmeza de decisión que inspiran confianza; la valentía y el entusiasmo que despiertan admiración; y ese irresistible predominio que asegura la obediencia y rompe todos los obstáculos. [...] Sabía también calcular, acertar y templar el entusiasmo cuando había necesidad. Sabía, según las circunstancias, aliar la prudencia a la tenacidad».²

Habiendo devuelto el ánimo a los soldados, se puso en marcha a fin de hacer frente a los españoles, a los cuales encontró en Rocroi, cerca de la frontera con Bélgica.

Era el 17 de mayo de 1643. Para llegar al campo de batalla había que cruzar un estrecho en el cual los enemigos tenían a tiro fácilmente al ejército francés. Luis optó por arriesgarse. Debido a su extrema rapidez, la osada maniobra logró el resultado esperado: el duque d'Enghien pudo acampar delante de los españoles.

La víspera, el príncipe había recibido la noticia del fallecimiento de Luis XIII. Sin embargo, esto no afectó para nada su postura frente al adversario. Reunió a su Estado Mayor y

Le correspondía al príncipe de Condé levantar la moral de las fuerzas francesas y conducir las al triunfo contra los temidos tercios



«Batalla de Rocroi», de Sauveur Le Conte - Museo Condé, Chantilly (Francia). En la página anterior, Luis II de Borbón, príncipe de Condé - Palacio de Versalles (Francia)

Reproducción



Reproducción

«Batalla de Rocroi», de François-Joseph Heim - Palacio de Versalles (Francia)

preguntó qué sería más conveniente, entablar batalla o hacer pequeñas escaramuzas, con el único propósito de confundir al enemigo y ganar tiempo. La voz prudente de sus consejeros, sobre todo del mariscal L'Hôpital, decía que ante tantos infortunios la segunda opción parecía la más plausible. Sumada a la muerte de su soberano, una derrota sería desastrosa para Francia.

No obstante, aquel joven guerrero, audaz y perspicaz, no compartía la misma opinión y, en este caso, su genio prevaleció contra las voces lánguidas de sus oficiales. Interrogado sobre la posible derrota, Luis respondió: «Esto no me preocupa, porque moriré antes».³ Arriesgar el todo por el todo, ésta fue su determinación.

Cuando el día 18 de mayo llegaba a su ocaso, el comandante francés pasó revista a toda la tropa y señaló la batalla para la mañana siguiente. La noche fue tan amena para el joven príncipe que hubo que despertarlo a la hora acordada porque, al contrario que la mayoría de los combatientes, incapaces de conciliar el sueño por la euforia que los envuelve en la víspera del enfrentamiento, él descansaba.

Los ejércitos

D'Enghien tiene bajo sus órdenes a 22.000 soldados, 6.000 jinetes y

*En esta batalla,
en que se decidió
el futuro de la hija
primogénita de la
Iglesia, todo indicaba
que un fin trágico
parecía irreversible*

12.000 cañones distribuidos en buen orden de batalla, manteniendo la caballería en los extremos. Melo, por su parte, posee 17.000 infantes, 18.000 cañones y 8.000 caballeros distribuidos de similar manera, con los temibles tercios viejos en el centro.⁴

Al contrario de lo que se pudiera pensar a primera vista, la paridad no reina entre los ejércitos. Aunque los franceses poseen más infantes, sin duda alguna el ejército español tiene a los suyos mejor disciplinados.

En esta batalla, en que se decidirá el futuro de la hija primogénita de la Iglesia, todo indica que un fin trágico parece irreversible. Sólo lo parece. A fin de cuentas, en los grandes lances el fiel de la balanza es la fuerza del espíritu del comandante, y ésta el futuro

príncipe de Condé la tenía grabada a hierro y fuego en su alma bélica.

El momento auge de la batalla

En la madrugada del 19, habiendo sido despertado a la hora indicada, se arma por completo con toda agilidad, pero rechaza el yelmo. Como Enrique IV en Ivry, toma un sombrero de fieltro, en el cual extiende una pluma blanca a manera de penacho. Así sus soldados reconocerán que el valiente guerrero desafía a sus enemigos con garbo. En ese momento, le avisan que Melo espera refuerzos al mediodía. Con el tiempo agotándose, Luis ordena el ataque. Son las cuatro de la mañana.

Los españoles, desorganizados, se sorprenden con la rapidez y la furia del ejército francés, y sucumben ante la caballería del duque. Su mirada águila le hace percibir la vulnerabilidad de los tercios ante la posición que acaba de conquistar. Lanza entonces un nuevo ataque, que otra vez los desestabiliza.

Pero en el instante en que d'Enghien conquista el centro, su ala izquierda, liderada por La Ferté Senneterre, es dispersada por la caballería enemiga debido a un acto imprudente de éste. Los refuerzos proporcionados por los franceses no hacen sino agravar la crisis. Todos los cañones están en manos



Augusto Ferrer-Dalmau (CC by-sa 3.0)

«Rocroi, el último tercio», de Augusto Ferrer-Dalamau

enemigas. Mientras que al principio todo parecía victoria, ahora ocurre la más terrible pérdida. No obstante, el coraje y la valentía del comandante francés, en un impulso irresistible, lo lleva a pasar como un relámpago al otro lado de la contienda, donde se encuentra Sirot al frente del cuerpo de reserva y lo ayuda de tal modo que, en poco tiempo, el ala derecha de los españoles es reprimida.

Sin embargo, los temibles tercios hacen valer su posición de defensa que les mereció el título de invencibles. Tres veces intenta d'Enghien atravesar la fortaleza humana, y tres veces es dispersado. Pero no hay muralla que haga parar a aquella fuerza jovial. Los españoles caen uno tras otro, hasta que Fontaine, valiente comandante de la famosa infantería, entrega su alma. En ese momento auge, los españoles izan la bandera blanca. Es el final de la batalla.

Del ejército español, 8.000 murieron, 7.000 fueron hechos prisioneros y el resto se dispersó en la huida, abandonando víveres, equipaje, dece-

*El genio de este héroe,
que supo arrancar de
sí y obtener de Dios
la determinación
para enfrentar las
mayores dificultades,
lo hizo inmortal*

nas de estandartes, centenas de banderas y el noble bastón de mando de Melo, grabado con el nombre de sus victorias. Luis, duque d'Enghien, en ese instante se quita el sombrero y da gracias a Dios por la conquista.

Rocroi, un hito en la Historia

Con la victoria en Rocroi, salvó al reino de la posible invasión española, que sorprendería a Francia en el momento trágico de la muerte de Luis XIII.

Este episodio marcó tanto al país y a sus combatientes que, en otra batalla

en 1648, cuando Luis —que ya ostentaba el título con el cual sería inmortalizado, *Grand Condé*— enfrentaba un ejército enemigo muy superior, en una maniobra desesperada simuló una retirada y, volviendo su memoria a aquel bendito 19 de mayo de 1643, reunió sus últimas fuerzas, dio media vuelta justo a tiempo y dijo: «¡Acordaos de Rocroi!». ⁵ El osado gesto produjo una oleada de entusiasmo entre los soldados, dando un giro a la batalla y logrando una magnífica victoria más para Francia.

El genio de este héroe, si bien se haya lanzado en muchos peligros, lo hizo inmortal, pues la verdadera gloria nace cuando el alma sabe arrancar de sí —o mejor, obtener de Dios— la determinación necesaria para enfrentar las mayores dificultades. No es sin razón que Bossuet, ⁶ en los homenajes fúnebres al gran comandante, citara las palabras del ángel a Gedeón: «El Señor esté contigo, valiente guerrero [...]. Ve con esa fuerza tuya [...]. Yo, el Señor, estaré contigo» (Jue 6, 12.14.16). ✧

¹ HENRI ROBERT. *Os grandes processos da História*. Porto Alegre: Globo, 1961, t. IV, p. 54.

² Ídem, p. 56.

³ Ídem, p. 59.

⁴ Cf. PALADILHE, Dominique. *Le Grand Condé. Héros des guerres de Louis XIV*. Paris: Pygmalion, 2008, p. 37.

⁵ HENRI ROBERT, op. cit., p. 67.

⁶ Cf. BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Oraison funèbre du Prince de Condé*. In. MIGNE, J.-

P. (Ed.). *Collection intégrale et universelle des orateurs sacrés*. Paris: Ateliers Catholiques du Petit-Montrouge, 1846, t. XXV, col. 1309.

Incomparable solicitud materna

La solución de un problema angustioso, como la curación de un enfermo ya desahuciado por los médicos; una rápida intervención para librar a alguien de un pequeño percance cotidiano. La variedad de las intervenciones de Dña. Lucilia no deja de sorprender a sus devotos.



✠ Elizabete Fátima Talarico Astorino

«**L**as aguas caudalosas no podrán apagar el amor, ni anegarlo los ríos» (Cant 8, 7). ¡Cuán aplicables son estas palabras a Dña. Lucilia! Ella, que pasó su vida amando a Dios en el prójimo, ¿dejaría de hacerlo tras cruzar el umbral de la eternidad? Pues bien, una de las formas de demostrar su

amor insondable a quienes confían en ella es responder con prontitud a sus peticiones.

Accidente grave, extraordinaria curación

Deseosa de manifestarle su gratitud, Cristiane Ramos Soares Carneiro, residente en la ciudad brasileña

de Caieiras, nos envía un interesante relato de cómo esta madre caritativa siempre la atendió en momentos de necesidad.

En septiembre de 2018 su esposo, teniente del Cuerpo de Bomberos, sufrió un accidente mientras combatía un incendio en un edificio de la zona centro de São Paulo. Él y otros miembros del equipo quedaron atrapados en la tercera planta. Cuando finalmente fue rescatado, tenía quemaduras, internas y externas, en cerca del 20 % del cuerpo. Dada la gravedad de la situación, fue intubado y llevado a la UCI del Hospital de las Clínicas.



Doña Lucilia con su bisnieto

Cuenta Cristiane que Dña. Lucilia superó sus expectativas: tan sólo dos días después de su petición, su esposo fue dado de alta



*Doña Lucilia
se complace en
auxiliar a quien
le pide la solución
de pequeños
problemas de la
vida cotidiana*

A la izquierda, Helsi Carrera. A la derecha, Benjamín junto a la estampa de Dña. Lucilia, enmarcada, que fue encontrada entre sus papeles



Allí estuvo casi un mes, siendo sometido a dolorosos tratamientos, como el de desbridamiento de la piel.

Cristiane no dejaba de rezar por su recuperación. «En determinado momento —nos cuenta ella—, le pedí a Dña. Lucilia que mi marido pudiera al menos salir de la UCI y pasar a una habitación, lo que facilitaría el contacto con la familia». Doña Lucilia superó todas sus expectativas: dos días después de haberlo pedido, su esposo no sólo salió de la UCI, sino que le dieron el alta. «Ése fue el primer gran milagro de Dña. Lucilia en beneficio de mi familia», concluía Cristiane, llena de gratitud.

Una vez más, no desamparó

En 2021, ante la jubilosa espera del nacimiento de Miguel, su segundo hijo, Cristiane se sintió conmovida al recibir el diagnóstico de que nacería con síndrome de Down, posiblemente agravado con una cardiopatía. Por si fuera poco, también se constató que el bebé demostraba ya una disminución en su crecimiento, y la cardiotocografía indicaba que sus movimientos no eran los esperados en el período gestacional en el que se encontraba. En resumen, la gravedad de la

situación era tal que no estaba clara ni para los propios médicos.

Afligida ante una perspectiva tan horrible, Cristiane entendió que solamente del Cielo podría recibir ayuda, y consagró su hijo nonato a Dña. Lucilia.

A las treinta y siete semanas de embarazo, durante una consulta de rutina, le fue comunicado a la pareja la necesidad de realizar el parto aquel mismo día, teniendo en vista las condiciones que Miguel presentaba. «Fueron momentos de mucha angustia —cuenta la madre—. Estuve cerca de ocho horas recibiendo insulina para estimular el movimiento, pero él no respondía. Finalmente, el médico decidió hacer el parto por cesárea».

Ahora bien, contra todo pronóstico, Miguel lloró bastante al nacer y no hizo falta ningún auxilio respiratorio ni intervención quirúrgica. Fue directamente a los brazos de su madre. Así concluye Cristiane: «Tan pronto como lo tuve en mis brazos le agradecí de todo corazón a Dña. Lucilia este enorme milagro que era haber nacido bien».

Abriendo caminos hacia el Sagrado Corazón de Jesús

A ejemplo de la Santísima Virgen, la más complaciente de las madres,

Dña. Lucilia se complace en acudir solícitamente en auxilio incluso de personas que le piden la solución de pequeños problemas de la vida cotidiana.

Éste es el caso de Helsi Carrera, de Perú.

Era el 24 de junio de 2022, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. El turno de trabajo de Helsi terminaría a las seis de la tarde, dejándole un tiempo muy justo para, acabada la jornada laboral, quedar con una amiga y juntas ir a misa. Salió aprisa, se montó en el coche y se marchó. Todo iba muy bien hasta que tuvo que parar en una rotonda debido a un enorme atasco. No se movía ningún vehículo siquiera un metro. No le quedó otro remedio que empezar a asistir a la misa que transmitían en directo por internet...

Llamó a su amiga para comunicarle que tardaría más de lo previsto y ella le aconsejó que pidiera el auxilio de los ángeles. Helsi comenzó a rezar, pero enseguida le vino a la mente la figura de Dña. Lucilia. «¡Claro que sí! ¿Cómo no iría a recurrir a ella?», cuenta Helsi. Y le dirigió esta filial oración: «Madrecita, ¡ayúdame! ¡Sácame de aquí! Ábreme el camino para que pueda llegar a la misa en honor del Sagrado Corazón de Jesús, a quien tú amas tanto y de quien eras muy devota!».

Acto seguido, empezó a disolverse la congestión y Helsi pudo, llena de satisfacción, comentar con su amiga la solícita bondad de Dña. Lucilia.

«Estoy contigo y tu petición ha sido escuchada»

Durante la pandemia de la Covid-19, Benjamín, el hijo más pequeño de Claudia Espejo, residente también en Perú, estuvo dos años sin asistir a la escuela. Cuando por fin se restableció la normalidad, manifestó una enorme dificultad de adaptación en la vuelta a clase. Se sometió a un test psicológico, en el que se le detectó un trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH). La psicóloga recomendó que le consultaran a un neuropediatra, quien dio un preocupante diagnóstico: trastorno del espectro autista nivel 1.

Muy temerosa por el futuro de su hijo, Claudia rezaba y lloraba mucho. Un día se acordó de que un sacerdote heraldo le había dicho que a una madre le está permitido darles la bendición a sus hijos. Entonces, una noche en la que estaba rezando con ellos, cogió agua bendita y le hizo una señal de la cruz en la espalda a Benjamín, haciéndole a Dña. Lucilia esta súplica: «Te entrego a mi hijo. Ayúdame como madre y adóptalo». Y siguió rezando por él en casa y en la iglesia, ante el Santísimo Sacramento.

Pronto comenzó a percibir cambios en las actitudes del pequeño. Un nuevo examen psicológico arrojó un resultado muy alentador: 90 % de recuperación, cuadro con-

firmado por la profesora contratada para ayudarlo en casa. Y la monitora del colegio informó que se estaba esforzando para progresar cada día y sus notas habían mejorado; era «un niño muy noble y con un gran corazón».

Ahora bien, un día en que Claudia estaba ordenando los cajones de Benjamín, con enorme sorpresa encontró entre los papeles una estampa de Dña. Lucilia. Y nos envió este conmovedor relato: «No sé explicar cómo llegó allí esa foto. Cuando la cogí en mis manos sentí que me decía: “Estoy contigo y tu petición ha sido escuchada”. El cambio de Benjamín fue algo realmente inexplicable. Puse la estampa en mi habitación y cada vez que la miro siento el amor de una madre, yo que tengo cuatro hijos y lo daría todo por ellos».

Solución rápida y completa

Edson Luiz Sampel, profesor del Instituto Superior de Derecho Canónico de Londrina y presidente de la

Comisión Especial de Derecho Canónico de la Orden de Abogados de Brasil, deseando mostrar su agradecimiento a Dña. Lucilia, nos transmite su testimonio:

«Había una pendencia financiera, es decir, una prestación económica que tenía que pagar mensualmente. Como no podía librarme amistosamente de esa obligación, que consideraba injusta, me vi forzado a recurrir a la vía judicial. Desde el primer momento en que interpusé la demanda le pedí a Dña. Lucilia que intercediera desde el Cielo por mí, y que, si era voluntad de Dios, obtuviera yo la exoneración total de la referida pendencia. Para mi alegría y sorpresa, ya al inicio del proceso, días después de la instrucción, el juez otorgó medidas cautelares, eximiéndome completamente del pago mensual. Finalmente, la sentencia confirmó la decisión cautelar y la parte contraria no interpuso recurso».

En esta rápida solución del problema, el Dr. Sampel reconoce la intervención de Dña. Lucilia.

«Había leído un texto que contaba algunos milagros de Dña. Lucilia. Entonces me apegué a ella y le pedí con fe»



Arriba, la bisnieta de Izabel Bispo con una foto de Dña. Lucilia; a la izquierda, oratorio del Prof. Edson Luiz Sampel, donde se puede apreciar una estampa de Dña. Lucilia entre sus devociones particulares

Reproducción

Reproducción

Bondad e intransigencia

Lo que más resaltaba en Dña. Lucilia era un extraordinario misterio por el que su espíritu maternal la llevaba a querer bien a todos y cada uno. Bastaba que alguien se acercase a ella con confianza y el alma abierta, para que se sintiese tomado por su bondad envolvente y por aquel magnífico modo de ser, calificado por el Dr. Plinio de «aterciopelado». Ella trataba a los demás con una dulzura y un deseo de agradar verdaderamente cautivantes.

No obstante, se diría que esa afebilidad y afecto llevarían a Dña. Lucilia a condescender incluso con relación al mal. Quien así lo juzgase se equivocaría, pues esta bienquerencia no significaba liberalismo, sino, por el contrario, radicalidad, cuyo corolario era el amor a los buenos llevado hasta las últimas consecuencias, porque ella amaba a Dios. Y, en consecuencia, esto la llevaba a tener también un verdadero odio al mal. ¿En qué consistía ese odio al mal?

La esencia de la combatividad de Dña. Lucilia partía de un principio profundísimo de amor a Dios: Él es el Ser supremo, el Creador y Redentor, y debe ser amado sobre todas las cosas. Siendo así, en todo

el orden de la Creación nada hay tan opuesto a Dios como el pecado, ya que es el acto de la criatura inteligente, ángel u hombre, que se rebela contra Dios, proclama otra ley, adversa a la divina y, en el fondo, se pone en pie de igualdad con Él.

Eso causaba en el alma de Dña. Lucilia un verdadero choque y, de inmediato, dolor al ver que Dios, tan bueno y superexcelente, no recibía todo el amor y devoción merecidos. Por eso, ella quería por todos los medios, que aquella alma se convirtiese y entrase de nuevo en armonía con Dios, arrepintiéndose de la ofensa que le había hecho.

Así es exactamente como Dios actúa con nosotros: Él nos ama con un amor extraordinario y, una vez que hemos cometido una falta, no quiere otra cosa sino perdonarnos y restituírnos todo lo que hemos perdido; y puede, incluso en el momento de la muerte, concedernos una gracia para que nos arrepintamos y salvemos nuestra alma. Pero no transige con el mal ni acepta defectos, porque Él es la Causa íntegra, sin ninguna mancha. [...]

Se encantaba —Dña. Lucilia— con la inocencia y experimentaba una repulsa interior y verdadera indignación contra lo que iba en sentido opuesto. Esto se explica por el hecho de estar tan profundamente unida al Sagrado Corazón de Jesús que hacía que, para ella, la ley de la bondad y la ley de la verdad fuesen sólo una. O sea, el punto de partida de su amor maternal era el mismo de los mandamientos y, por tanto, cuando se trataba de principios, revelaba una radicalidad total: permanecía firme en su moralidad, sin ceder en nada, ni siquiera un milímetro, conforme comentó una vez el Dr. Plinio: «Esa energía tenía algo de afín con su bondad; y era la energía inquebrantable de la que daba pruebas en ciertas ocasiones: “*On ne passe pas!* —¡De aquí no se pasa!”». ✧

Extraído de: CLÁ DIAS, EP,
João Scognamiglio. *El don de la
sabiduría en la mente,
vida y obra
de Plinio Corrêa de Oliveira.*
Città del Vaticano-Lima:
LEV; Heraldos del Evangelio,
t. I, 2016, pp. 132-133.

Una súplica hecha con fe

Izabel Bispo de Oliveira Moura, de Rondonópolis (Brasil), narra también cómo Dña. Lucilia atendió su oración. Su bisnieta, con tan sólo ocho meses de edad, tuvo una incontrollable crisis de tos. Fue llevada enseguida al médico y tomó la medicación prescrita, pero sin resultado. Su situación se agravaba cada vez más, llegando al punto de perder el aliento y desmayarse.

Así relata Izabel el desenlace del caso: «Estábamos desesperados, pero poco después volvió en sí. Había leído un texto que contaba algunos milagros de Dña. Lucilia. Entonces me apegué a ella y le pedí que hiciera que la tos de la niña parase, ya que el médico no había acertado con el tratamiento. ¡Pedí con fe! Y a partir de ese momento ya no tosía como antes».

Resuelta esta primera aflicción, se pudo obtener el diagnóstico de ese

malestar por parte de otro especialista, quien le recetó algunos medicamentos. En pocos días la pequeña se recuperó por completo.

* * *

Estos son algunos más de los innumerables favores que el Buen Dios concede en beneficio de quienes le piden ayuda y socorro por la intercesión de Dña. Lucilia. No dudemos, pues, en recurrir a ella en las situaciones difíciles de la vida, sean las que sean. ✧



1



2



3



4



5

México – La devoción a la Virgen, el santo rosario y el escapulario del Carmen fueron algunos de los temas del encuentro «Un día con María» realizado en Ciudad de México el 13 de noviembre. El programa incluía la celebración de una misa, la renovación de la consagración a Nuestra Señora y la imposición del escapulario (foto 1), así como varias charlas (foto 2). Dos días después, un retiro predicado en la parroquia de las Tres Ave Marías, de Aguascalientes, reunió a coordinadores y participantes del Apostolado del Oratorio «María, Reina de los Corazones» de la región (fotos 3, 4 y 5).



Brasil – El 26 de noviembre Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo de Bragança Paulista, administró el sacramento de la Confirmación a veinticinco feligreses de la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias, de Mairiporã, confiada a los Heraldos del Evangelio. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de San Judas Tadeo y contó con la presencia de varios concelebrantes, de miembros de los Heraldos y de los padrinos y familiares de los confirmados.



Estados Unidos y Canadá – El 5 de noviembre se llevó a cabo la solemne consagración a la Santísima Virgen, según el método de San Luis María Grignon de Montfort, de la primera tanda del curso impartido en inglés por el P. Michael Carlson, EP, en la plataforma de formación católica «Reconquista», de los Heraldos del Evangelio. Las ceremonias presenciales, en las que participaron fieles de diferentes estados de ambos países, tuvieron lugar en la iglesia del Buen Pastor, de Miami, (foto 1) y en la parroquia de San Juan Pablo II, de Montreal, (foto 2).



Portugal – Entre las actividades realizadas en este país, destacan el retiro predicado por el P. Carlos Werner Benjumea, EP, del día 7 al 9 de octubre en la ciudad de Braga (fotos 1 y 2); el sacramento de la Confirmación administrado por Mons. Nuno Manuel dos Santos Almeida, obispo auxiliar de Braga, en la casa de los Heraldos del Evangelio, de Guimarães (fotos 4 y 5), el 29 de octubre; y la Comunión reparadora del primer sábado de mes, organizada por los Heraldos en la Iglesia de la Santa Cruz, de Braga, el 4 de noviembre (foto 3).

Fotos: Santiago Luna



Colombia – El 8 de octubre la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá, acogía el Encuentro Nacional del Apostolado del Oratorio «María, Reina de los Corazones». En las fotos de arriba, diversos aspectos del programa, que incluyó una presentación musical y la celebración de una misa.

Fotos: Urbano Ngoka



Mozambique – Mons. Piergiorgio Bertoldi, nuncio apostólico en el país, administró el sacramento de la Confirmación en la casa de los Heraldos del Evangelio, de Maputo, el 29 de octubre (foto 3). El día 1 de noviembre estuvo dedicado a la visita a las personas dolientes, para llevarles consuelo espiritual y el sacramento de la Unción de los Enfermos (fotos 1 y 2).

Fotos: María Cecilia Maia



Andrea Sánchez

Guatemala – Con motivo del mes del Rosario, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó, el 4 de octubre, el Hogar Margarita Cruz Ruiz (fotos 1 y 2) y el Hospital Herrera Llerandi (foto 3), ambos ubicados en Ciudad de Guatemala.



Fotos: Xavier Jacob

Paraguay – La parroquia de San Miguel, de Asunción, conmemoró el 29 de septiembre la fiesta de su patrón con una procesión, animada por los Heraldos del Evangelio, y con la celebración de la santa misa, presidida por el cardenal Adalberto Martínez Flores, arzobispo metropolitano.



Fotos: Jano Aracena

Perú – Del 5 al 9 de octubre los Heraldos realizaron una misión mariana en la ciudad de Ayaviri, localizada en el departamento de Puno, a casi 4000 metros sobre el nivel del mar. La imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María fue recibida con enorme entusiasmo en la catedral, en congregaciones religiosas, instituciones públicas y residencias, así como en distintas comunidades rurales.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Un cementerio católico es profanado en Estados Unidos

La noche de Halloween, el 31 de octubre, un grupo de vándalos invadió el cementerio católico de Calvary, ubicado en el estado de Minnesota. Los delincuentes pintaron con grafiti frases obscenas y mensajes satánicos en una imagen del Señor, una cruz, dos lápidas y cinco paredes de un memorial.

Monseñor Robert Emmet Barron, obispo de Winona-Rochester, diócesis donde se ubica el cementerio, expresó su repudio a tal profanación y se mostró dispuesto a colaborar con la Policía local en la identificación de los culpables, para que respondan por sus acciones ante la justicia.



Reproducción

Treinta mil católicos homenajean a la Virgen en país musulmán

En octubre, cerca de treinta mil católicos se reunieron en el santuario de Nuestra Señora de Fátima, del distrito de Sherpur (Bangladés), para participar en la peregrinación anual en honor de la Madre de Dios. Durante la programación, hubo adoración eucarística, vía crucis, procesión de antorchas con rezo del rosario, además de la celebración de la santa misa.

Aunque el 90 % de la población de Bangladés sea musulmana, la Iglesia Católica goza de gran respeto en el país por el elevado nivel de sus instituciones educativas, así como por su importancia en el área de salud y de acción humanitaria.

Continúa la intolerancia contra los cristianos en Europa

El Observatorio de la Intolerancia y la Discriminación contra los cristianos en Europa publicó en Viena, el 14 de noviembre, su informe anual referente al año 2021.

Además de los quinientos delitos de odio —que incluyen actos de vandalismo, robos, incendios premeditados e incluso agresiones y ataques contra fieles y clérigos— cometidos en diecinueve países del continente, el informe destaca la falta de transparencia y la censura mediática en relación con estos delitos, el número alarmante de estereotipos negativos contra los cristianos y la incompetencia de las autoridades para hacer frente a tales ataques a la libertad religiosa.

Más de 4.000 cristianos fueron asesinados en Nigeria en 2022

Un informe publicado por Intersociety —Sociedad Internacional para las Libertades Civiles y el Estado de Derecho— muestra hasta qué punto Nigeria se ha visto afectada por una persecución continua y creciente contra los católicos por parte de grupos de islamistas radicales.

Según los datos presentados, en diez meses de 2022, de enero a octubre, 4.020 cristianos fueron asesinados en ataques yihadistas y 2.315 secuestrados, lo que hace un promedio de trece asesinatos y ocho secuestros por día.

Un curso de exorcismo publica sus conferencias

Tras el II Curso de Exorcismo y Oración de liberación, realizado en

junio en Bogotá, el Departamento de Doctrina de la Conferencia Episcopal de Colombia lanzó el libro *Memorias del II Curso de Exorcismo*, con el objetivo de dar a conocer las conferencias dictadas en la ocasión.

Al congreso asistieron expertos italianos y participaron ciento diez personas, entre obispos, sacerdotes y religiosos, así como laicos especialistas en Psicología y Psiquiatría.



religionenlibertad.com

La Adoración nocturna en Barcelona recibe nuevos miembros

El 19 de noviembre, la parroquia de Santa Teresa del Niño Jesús, de Barcelona, acogió a más de quinientos adoradores del Santísimo Sacramento y sus familiares, para la tradicional vigilia anual celebrada en la solemnidad de Cristo Rey. En esa ocasión, fueron recibidos setenta y cinco nuevos integrantes de la Adoración nocturna, la mayoría jóvenes. Durante la ceremonia, presidida por Mons. Javier Vilanova Pellisa, obispo auxiliar, tuvo lugar también la entrega de condecoraciones a quienes, a lo largo del año, destacaron por el número de vigiliadas celebradas.

La Adoración nocturna en España se inauguró en 1877 y, aun en medio de la gran secularización que atraviesa el país, el número de fieles que se inscriben a las vigiliadas no deja de crecer, sobre todo entre los jóvenes. Sólo en la sección de fieles de la provincia de Barcelona hay ocho capillas de adoración perpetua, a las que acuden cada noche más de trescientos cincuenta fieles.

El Parlamento Europeo expone un belén por primera vez

El Parlamento Europeo, con sede en Bruselas, expuso por primera vez en su historia un belén para conmemorar la Navidad. La iniciativa partió de la eurodiputada española Isabel Benjumea, católica practicante, y obtuvo el apoyo de la actual presidenta del Parlamento y de otros diputados españoles que financiaron su construcción.

La petición hecha desde 2019 solamente logró ser aprobada en 2022. Los eurodiputados esperan que la iniciativa sea el marco para una nueva tradición en la Cámara, que permita hacer presentes allí las raíces cristianas de Europa.



Reproducción

Belén expuesto en la sede del Parlamento Europeo, Bruselas

Nueva iglesia en Ceará dedicada a Nuestra Señora de las Gracias

Inspirado en el encanto que le produjo la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras, Brasil, —que visitó con motivo de la ordenación sacerdotal de su hijo, el P. Ignacio de Araújo Almeida, EP, sacerdote de los Heraldos del Evangelio y superior de la asociación en Roma—, Ignacio Alves de Almeida, de 67 años, ideó la construcción de una iglesia dedicada a Nuestra Señora de las Gracias en el municipio de Graça, Ceará (Brasil).

La Misa de inauguración del templo, celebrada el 27 de noviembre, fue presidida por Mons. Edimilson Neves Ferreira, obispo de Tianguá, y concelebrada por el P. Ignacio de Araújo.

La nueva iglesia fue construida con la colaboración del Fondo de Ayuda

Misericordia, un proyecto fundado en 2005 por los Heraldos del Evangelio, con el objetivo de ayudar a las parroquias menos favorecidas y entidades de caridad vinculadas a la Iglesia.

La baguete francesa se convierte en Patrimonio Inmaterial de la Humanidad

La gastronomía francesa ha conquistado la admiración de miles de personas en todo el mundo, y uno de sus mayores símbolos ha recibido recientemente de la UNESCO el título de Patrimonio Inmaterial de la Humanidad: la baguete artesanal.

La declaración fue motivo de gran satisfacción para los franceses, en especial para los profesionales que trabajan artesanalmente en la elaboración de este alimento, pues garantizan que recibirán más reconocimiento por

parte de los consumidores. Según los datos que sellaron la decisión el 30 de noviembre, sólo en Francia se producen más de seis mil millones de baguettes al año.

Otra iglesia incendiada en Chile

En la madrugada del 10 de noviembre, otro templo católico se convirtió en blanco de ataques vandálicos en Chile. Esta vez fue incendiada una capilla dedicada a San José, en la diócesis de Temuco, así como una iglesia en la misma localidad. Según el administrador diocesano, el P. Juan Andrés Basly Erices, el lugar de culto quedó completamente destruido.

Estos ataques se dan en medio del conflicto con los indígenas mapuches, que vienen causando preocupación en la región chilena de la Araucanía.



GAUDIUM PRESS
VERSIÓN EN ESPAÑOL

Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano



Un incendio en la selva

Ni el guepardo, ni el elefante lo consiguieron; el león no ayudó en nada; la jirafa, egoísta, permaneció indiferente; el castor sólo pensó en sí mismo. La golondrina... ¿sería capaz de hacer algo?

✎ Alexis Lourdes Rodrigues



«**D**ios mío! ¡Qué tragedia! —se dijo Gabriel al ver cómo el incendio consumía cada vez más y más árboles y plantas—. ¿Quién podrá apagar este fuego que devora la selva entera?».

Y pensó: «Estoy sin compañía... Ni siquiera sé cómo librarme de esta asfixia. ¡¿Cómo he venido hasta aquí?! Además...». Pero, antes de acabar su diálogo consigo mismo, oyó un parloteo.

«Pensaba que estaba solo, aunque por lo visto me he equivocado. ¿De

quiénes serán esas voces?» —se preguntaba, asustado, el joven.

Decidió seguir el camino que sus oídos le indicaban como origen de esas voces. Cuál no fue su asombro al ver que se trataba de animales... ¡que hablaban!

Se fue acercando poco a poco y se percató de que no sentían su presencia. Decidió entonces quedarse y analizar aquella discusión, porque quizá tuvieran ellos una salida a la angustiante situación en la que se encontraban.

—Yo puedo alcanzar una velocidad increíble —dijo el guepardo—. Soy capaz de correr alrededor del incendio de tal manera que provoque un vendaval que logre apagarlo.

Los demás animales se miraban dubitativos, pero aceptaron que el guepardo lo intentara. Con agilidad incalculable, el felino dio repetidas vueltas; sin embargo, su enorme esfuerzo no sirvió para nada.

Entonces intervino el imponente elefante:

—No os preocupéis. Nuestra manada sin duda conseguirá extinguir el fuego en segundos.

Y dirigiéndose a sus compañeros, continuó:

—Tenemos bastante capacidad para retener aire. Además, poseemos una gran «manguera» para llevarlo directamente al objetivo: la trompa. ¡Vamos, amigos! ¡Demostremos nuestro poder!

Empezaron a soplar aire sobre las llamas, a pleno pulmón; pero tampoco obtuvieron éxito. Al contrario, ¡le dieron más vida al fuego en algunas zonas de los matorrales! Decepcionados ante el evidente fracaso, le hicieron señas a la jirafa porque, al ser tan alta, tal vez pudiera ayudar.

—¡¿Ayudar?! No siento ninguna obligación. Nada ni nadie puede hacerme daño, ya que vivo casi enteramente aquí en las alturas —respondió egoísta e insensatamente.

Al escuchar esto, el castor pensó: «¡Vaya! Ella bien podría salvarnos... Yo, pequeño como soy, tendría que gastar todas mis fuerzas para auxiliar a la comunidad. ¡Ya sé! Me valdré de mis hábiles patas y sofocaré con tierra las llamas que rodean mi madriguera. En cuanto a los demás, principalmente esa jirafa, que se las apañen ellos mismos». Se dedicó a cumplir su plan y obtuvo el



Los animales de la selva se reunieron para tratar de encontrar una solución que los salvara de aquel terrible incendio

resultado deseado: su guarida se salvó. ¡Pero sólo ella! Las llamas seguían propagándose por todas partes.

Al percibir que nadie entre ellos sería capaz de salvar la selva y sus habitantes, todos acudieron al león. A fin de cuentas, siendo el rey, ciertamente tendría una solución.

—Señor, ved el terrible estado en que nos encontramos. No tenemos más salida que recurrir a vos.

Sin explicar el motivo y sin que nadie comprendiera el porqué, Su Majestad inició una sinfonía de rugidos... Unos minutos después, exclamó:

—¡Qué absurdo! ¿Cómo osas enfrentarme, oh, fuego? Te estoy dando órdenes y ¿no me obedeces? Animales, decidle que soy yo quien domina la región; que tiene que someterse a mí.

Sin mediar palabra, la comitiva se retiró decepcionada con la conducta de aquel «excelentísimo» personaje...

Era una situación desesperada: ¡todos iban a morir quemados!

He aquí que, de repente, se acerca la pequeña golondrina. ¿Traería alguna idea de salvación?

—Amigos míos, ¡qué momento terrible! Lo he pensado mucho y creo que puedo ayudar de alguna forma.

—¿Tú, tan menuda? Eres insignificante y ¿piensas que vas a tener buena suerte? Anda, cuenta tu plan —replicó en tono burlesco el guepardo, que a su lado parecía un gigante.

—Espera y verás —le contestó el ave.

Sin quedarse resentida con la actitud de sus «conciudadanos», voló hacia el lago más cercano, se sumergió allí y, con la mayor ligereza que sus alas se lo permitían, sobrevoló la selva en llamas; se balanceó una, dos, tres, cuatro, cinco veces, hasta que toda el agua que guardaba entre sus plumitas cayese. Repitió la operación decenas de veces, dedicando todas las energías de su ser.

—«Espera y verás»... ¿Qué va a poder hacer más que nosotros? —dijo con escarnio el elefante.



El león quiso darle órdenes al fuego, pero éste no obedeció a su rugido

Sin embargo, aquel pajarito tenía el ideal de salvar la selva y no paraba de rezar para que se cumpliera su «misión».

Transcurrido cierto tiempo, un prodigio se presentó ante toda la fauna reunida: cuando su vigor estaba a punto de extinguirse, la golondrina suplicó al Señor del universo que acudiera en su socorro. Para sorpresa propia y de los espectadores, nubes dispersas por el vasto cielo se reunieron sobre la selva, descargando torrentes de agua contenida en ellas. El bondadoso Creador satisfizo el deseo de una pobre criatura, pequeña, es verdad, pero que había sido generosa hasta el extremo.

Los más incrédulos querían explicar con argumentos científicos el hecho, otros se sintieron avergonzados, algunos no sabían ni qué pensar, y buena parte de los habitantes de la selva comprendió que se trataba de un verdadero milagro. Se reanudó el alboroto y la desbandada, ya no para huir del incendio, sino para resguardarse de la lluvia. Hasta que...

—¡Gabriel ¡Gabriel!

—¡Ahivá!, ¿me han descubierto? Antes no se dieron cuenta de mi presencia y ¡¿ahora hasta saben cómo me llamo?!

—Gabriel, ya es la hora de levantarse.

¡Sólo había sido un sueño! Sólo no... probablemente contendría algún mensaje.

Abrió los ojos, besó a su madre y antes incluso de rezar quiso contarle

la historia con lujo de detalles. Admirada al ver el ánimo con que el niño se había despertado, escuchó atenta la narración.

—Curioso, ¿no es así, mamá? Nunca un sueño me ha marcado tanto.

—Claro, hijo mío. ¿Y sabes por qué?

—Porque... porque... no sé explicarlo.

—A veces Dios envía mensajes a través de los sueños. ¿Qué crees que te ha enseñado durante esta noche?

—Creo que ha querido decirme que desee siempre el bien de los demás, que sea generoso y que no piense únicamente en mí.

—Eso mismo. Conserva esta lección hasta el final de la vida. Debemos hacer el bien por amor a Dios, sin dejarnos intimidar con las risas, desprecios y asechanzas de los demás.

—Ya, pero resulta que la golondrina era minúscula y débil, mientras que los otros eran grandes, llenos de capacidades, poderosos... Tuvo que haber estado asustada.

—No, al contrario. A pesar de su inferioridad natural, se entregó por completo, rezó y tuvo fe.

Gabriel se entusiasmó y concluyó:

—Entendido, mamá. Debemos darlo todo, por más que pensemos que es poco, pues Dios vendrá en nuestro auxilio y suplirá lo que nos falta. ✧



Tras las tentativas frustradas de los demás animales, la golondrina logró ganar igracias a su confianza en Dios!

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

San Claro, abad (†660/670). Superior del monasterio de San Marcelo, de Vienne, Francia.

2. Santos Basilio Magno (†379 Capadocia, Turquía) y Gregorio Nacianceno (†c. 389 Capadocia, Turquía), obispos y doctores de la Iglesia.

Beata Estefanía Quinzani, virgen (†1530). Miembro de la Tercera Orden de Santo Domingo, de Soncino, Italia, se dedicó a la contemplación de la Pasión del Señor y a la instrucción cristiana de las jóvenes.

3. Santísimo Nombre de Jesús.

San Antero, papa (†236). De origen griego, gobernó la Iglesia tan sólo cuarenta días. Fue el primer pontífice enterrado en las catacumbas de San Calixto.

4. Santa Faraildis, viuda (†c. 745). Nacida en la ciudad de Gante, Bélgica, sufrió pacientemente los malos tratos de su marido; tras enviudar abrazó una vida de oración y austeridad.

5. San Carlos de San Andrés Houben, presbítero (†1893). Religioso pasionista holandés, fue misionero en Inglaterra y en Irlanda, se distinguió por su celo en la administración del sacramento de la Confesión.

6. Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Santa Rafaela María del Sagrado Corazón, virgen (†1925). Fundó la Congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Víctima de incomprensiones, se vio obligada a renunciar al cargo de superiora y pasó

treinta y dos años como simple hermana.

7. San Raimundo de Peñafort, presbítero (†1275 Barcelona, España).

San Canuto Lavard, mártir (†1137). Duque de Schleswig, Dinamarca, gobernó con prudencia y bondad el principado y fomentó la piedad de su pueblo. Fue asesinado por enemigos que envidiaban su autoridad.

8. Bautismo del Señor.

San Jorge de Choziba, eremita (†c. 614). Originario de Chipre, empezó a vivir como ermitaño en Choziba, en las proximidades de Jericó. Pasaba toda la semana recluido en su celda, pero el domingo conversaba con los hermanos sobre temas espirituales.

9. Beata María Teresa de Jesús, virgen (†1622). Fundó junto con

San Pedro Fourier la Congregación de las Canonisas Regulares de Nuestra Señora.

10. Beato Gonzalo de Amarante, presbítero (†c. 1259). Sacerdote de Braga, Portugal, que después de una peregrinación por Tierra Santa se hizo dominico y, finalmente, se retiró a una ermita.

11. San Paulino de Aquilea, obispo (†802). Fue consejero del emperador Carlomagno en asuntos religiosos. Nombrado obispo de Aquilea, Italia, se esforzó en convertir a los ávaros y los eslovenos.

12. Santa Margarita Bourgeoys, virgen (†1700). Fundó en Montreal, Canadá, la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora, para la formación de las jóvenes.

13. San Hilario, obispo y doctor de la Iglesia (†367 Poitiers, Francia).

San Remigio, obispo (†c. 533). Fue obispo de Reims, Francia, durante más de sesenta años. Bautizó al rey Clodoveo y convirtió al pueblo franco a Cristo.

14. San Lázaro Pillai, mártir (†1752). Padre de familia asesinado en Aral Kurusady, India, por haberse convertido a la fe católica.

15. II Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Ita, virgen (†570). Fundadora del monasterio de Clúain Credal, Irlanda.

16. San Marcelo I, papa (†309). San Dámaso lo define como un verdadero pastor. Ferozmente hostilizado por apóstatas que se negaban a aceptar la penitencia que les había impuesto, fue expulsado de su patria y murió en el exilio.



San Carlos de San Andrés Houben

17. San Antonio, abad (†356 Tebaida, Egipto).

San Sulpicio el Pío, obispo (†647). Prelado de Bourges, Francia, despertó admiración por su generosidad, especialmente para con los pobres y los enfermos.

18. Santa Prisca, mártir (†a. 499).

A ella está dedicada la basílica de la colina Aventino, de Roma.

19. San Arsenio, obispo (†s. X). Abrazó la vida monástica a los 12 años. Nombrado obispo de Corfú, Grecia, fue muy dedicado a su grey y asiduo en la oración nocturna.

20. San Fabián, papa y mártir (†250 Roma).

San Sebastián, mártir (†s. IV Roma).

San Vulstano, obispo (†1095). Religioso benedictino nombrado obispo de Worcester, Inglaterra, asoció los hábitos monásticos al celo pastoral.

21. Santa Inés, virgen y mártir (†s. III/IV Roma).

Beata Josefa María de Santa Inés, virgen (†1696). Religiosa agustina descalza del convento de Benigánim, España, favorecida con el don de consejo.

22. III Domingo del Tiempo Ordinario.

San Vicente, diácono y mártir (†304 Valencia, España).

San Gaudencio, obispo (†c. 418). Convertido por San Eusebio de Vercelli, de quien fue discípulo y compañero en el exilio. De regreso a Italia, fue consagrado obispo de Novara.

23. San Mainbodo, eremita (†s. VIII). Natural de Irlanda, se hizo peregrino y eremita. Según



Santa Rafaela María del Sagrado Corazón

la tradición, fue asesinado por unos ladrones.

24. San Francisco de Sales, obispo y doctor de la Iglesia (†1622 Lyon, Francia).

Beata Paula Gambara Costa, viuda (†1515). Terciaria franciscana de Binaco, Italia, que soportó con paciencia la violencia de su esposo, llevándolo a la conversión.

25. Conversión de San Pablo, apóstol.

San Poppón, abad (†1048). Rechazó un beneficioso matrimonio y se hizo benedictino en Saint-Thierry, Francia. Por sus virtudes, el emperador San Enrique le confió la dirección y reforma de los monasterios reales.

26. Santos Timoteo (Éfeso, Turquía) y **Tito** (Creta, Grecia), obispos.

Santa Paula, viuda (†404).

Viuda romana y discípula espiritual de San Jerónimo, vivió con su hija, Santa Eustoquio, en un monasterio fundado por ella próximo a Belén de Judea.

27. Santa Ángela de Mérici, virgen (†1540 Brescia, Italia).

San Vitaliano, papa (†672). Promovió con especial celo la evangelización de los anglos.

28. Santo Tomás de Aquino, presbítero y doctor de la Iglesia (†1274 Priverno, Italia).

San Jacobo, eremita (†s. VI). Por penitencia, vivió durante largo tiempo dentro de un sepulcro, en Palestina.

29. IV Domingo del Tiempo Ordinario.

Beata Villana de Bottis, laica (†1361). Madre de familia que, abandonando la vida frívola que llevaba en Florencia, Italia, se hizo terciaria dominica y se destacó por su asidua meditación sobre Cristo crucificado, por la austeridad de vida y por la caridad para con los pobres.

30. San David Galván, presbítero y mártir (†1915). Por defender la santidad del matrimonio, fue preso y fusilado sin previo juicio, durante la persecución mexicana.

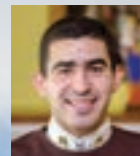
31. San Juan Bosco, presbítero (†1888 Turín, Italia).

Beata Luisa Albertoni, viuda (†1533). Tras la muerte de su esposo, entró en la Tercera Orden Franciscana y se dedicó a las obras de caridad, acogiendo a los pobres en su propio palacio.



El valor del tiempo

Filósofos y científicos intentaron explicar incansablemente su naturaleza, sin lograr otra cosa que describir sus accidentes. De todo lo conocible, no hay nada que fuera tan ignorado...



✎ Santiago Vieto Rodríguez

De los objetos comunes que usamos a diario, pocos —quizá ningún otro— nos sugieren consideraciones tan peculiares como el reloj.

De apariencia sencilla, se trata, no obstante, de un aparato complejo que, en sus más diversos aspectos y tamaños, forma parte de nuestro mobiliario y conveniencias, adorna tanto insignes monumentos públicos como modestos hogares. Hay que reconocer que, en cualquier caso y dondequiera que se encuentre, difícilmente permanecemos indiferentes a la poderosa atracción del tictac ligado al movimiento continuo de agujas y péndulos, sobre todo cuando la elegancia y el arte los enmarcan.

Sin embargo, sin desmerecer al aparato mecánico, parece que más habla al alma el flujo de los cristalitos que escurren hasta su agotamiento en un reloj de arena. Tal vez porque éste evoque, como ningún otro tipo de reloj, la fugacidad del tiempo...

Pero ¿qué es el tiempo? Acerca de él disertaron incansablemente afamados filósofos y hombres de ciencia, en un intento de explicar su naturaleza, sin lograr otra cosa que describir sus accidentes. Según algunos, de todo lo que se puede conocer, nada es tan ignorado; otros se sirvieron de él para formular complejas teorías cuánticas y siderales, aunque se quedaron sin despejar por completo su velo de misterio.

El Doctor Angélico lo define como la medida de la duración de las criaturas contingentes, sujetas a la generación y a la corrupción.¹ Así podemos afirmar que, para cada uno de nosotros en particular, el tiempo no es más que un instante entre dos eternidades, abarcando el intervalo entre nuestro nacimiento y nuestra muerte.

Y porque mil años, comparados con la eternidad, no son más que un abrir y cerrar de ojos (cf. Sal 89, 4), el tiempo parece una mera ilusión, un simple y fugaz reflejo de la vida sempiterna

del Ser substancial que le da sentido a todo, ajeno al tictac del reloj: Dios.

Sin bien sea efímero, el tiempo no deja de ser igualmente sublime. Recordemos que el Eterno quiso encarnarse, irrumpiendo en el tiempo para redimir a aquellos que, por la desobediencia, hicieron de cada segundo en esta tierra un gemido y una lágrima para ser derramada en el cáliz de la justicia.

En esta perspectiva, percibimos claramente que el granito de la ampolla de nuestra vida no es mera arena o material innoble. Al contrario, cada segundo comprado con la sangre redentora es polvo de oro; cada instante transcurrido en la tierra puede determinar nuestro destino eterno a través de actos de virtud, por pequeños que sean, o de infidelidades.

Con preclara inteligencia nos advierte una sentencia comúnmente atribuida al célebre dramaturgo inglés William Shakespeare: «El tiempo es demasiado lento para los que esperan, demasiado rápido para los que temen,



**Torre del reloj del antiguo
ayuntamiento de Gdansk, Polonia.
En la página anterior, ampolleta de madera**

demasiado largo para los que sufren, demasiado corto para los que se regocijan; pero para los que aman, el tiempo es la eternidad».

Es eternidad... De hecho, de las tres virtudes teologales la caridad es la única que permanecerá cuando dejemos esta tierra (cf. 1 Cor 13, 13). Así pues, los mínimos momentos vividos lejos del amor a Dios son tiempo perdido, que nos será ineludiblemente requerido.

Detengámonos un instante en este comienzo de año y preguntémosnos: ¿cómo administramos este don tan precioso que de Dios hemos recibido? Si somos sinceros con nosotros mismos, probablemente constataremos que, como dijo Paul Claudel, «no es el tiempo el que nos falta, somos nosotros los que le faltamos a él».

No permitamos que el áureo polvo del tiempo sea llevado infamemente por el vendaval de la banalidad, de la

pereza, del mundanismo, del egoísmo y de la vergonzosa mezquindad. Por el contrario, que cada milésima de nuestra existencia constituya un grito de guerra contra el mal, una llamada de amor a Dios, una entrega de holocausto en su altar. ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 10, a. 4, ad 3.



Vocación a la Maternidad universal

Así como una nubecilla surgida en el horizonte llevó a Elías a anunciar una lluvia torrencial, la vista de los Magos fue suficiente para que el espíritu profético de la Madre de Dios previera el nacimiento de un nuevo Israel, no ya formado con base en los vínculos de sangre, sino en los lazos mucho más sólidos de la fe.

Percibía que su corazón materno, entregado por completo al cuidado de su divino Hijo, se abría a una multitud de nuevos hijos, hermanos de Jesús, que vendrían de

Oriente y Occidente, fascinados por el fulgor de Cristo. La espada de dolor que había aceptado con plena adhesión y ardor, al penetrar en su alma la había ensanchado casi infinitamente, permitiéndole amar a cada uno de esos nuevos hijos con indecible aprecio. Se consolidaba su vocación a la Maternidad universal, fundamento de la misión de Medianera de todas las gracias.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP